

X
LA

L. M. L.

VIRTUD ANGÉLICA.

OPÚSCULO

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

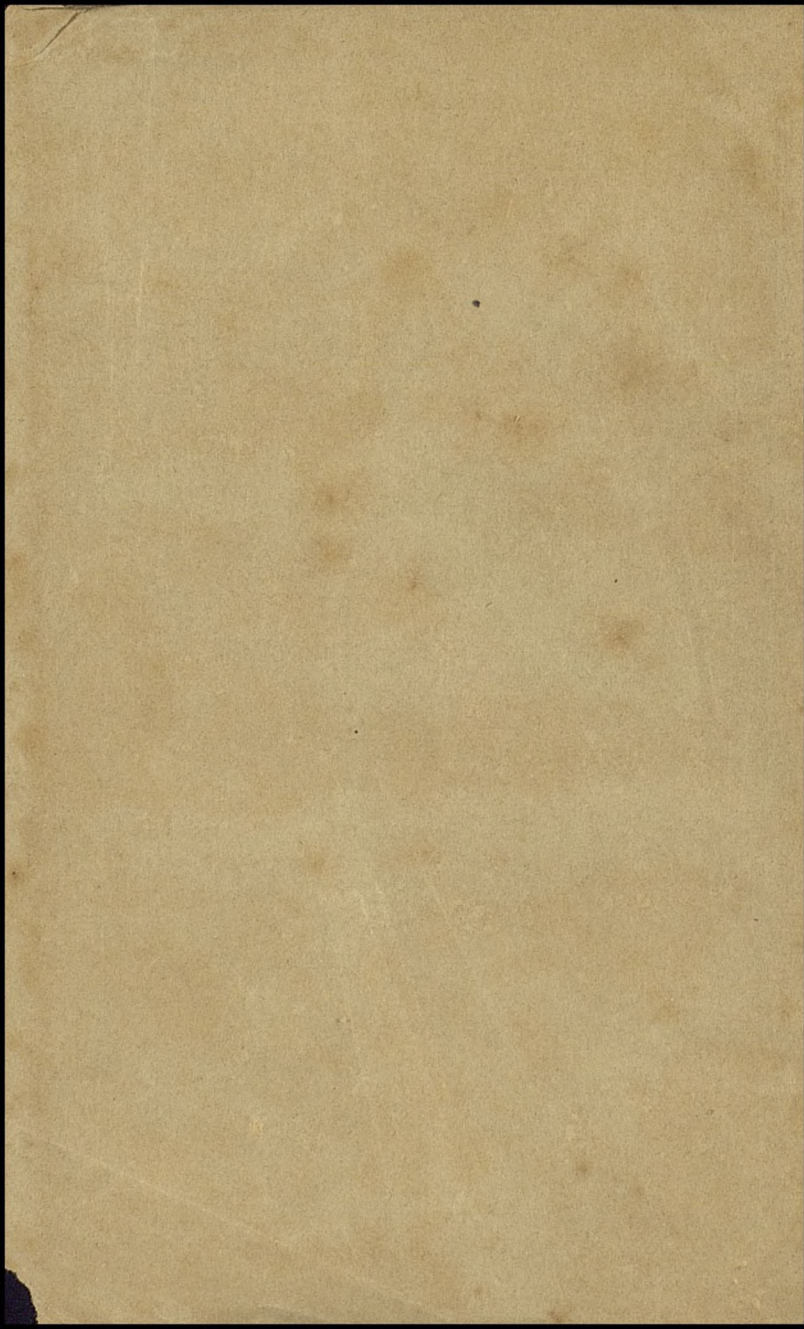
JOSE M. CEBALLOS TEY.

CADIZ.

—
IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,

CALLE DE LA BOMBA NUM. 1.

1865.



LA VIRTUD ANGÉLICA.

OPÚSCULO

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

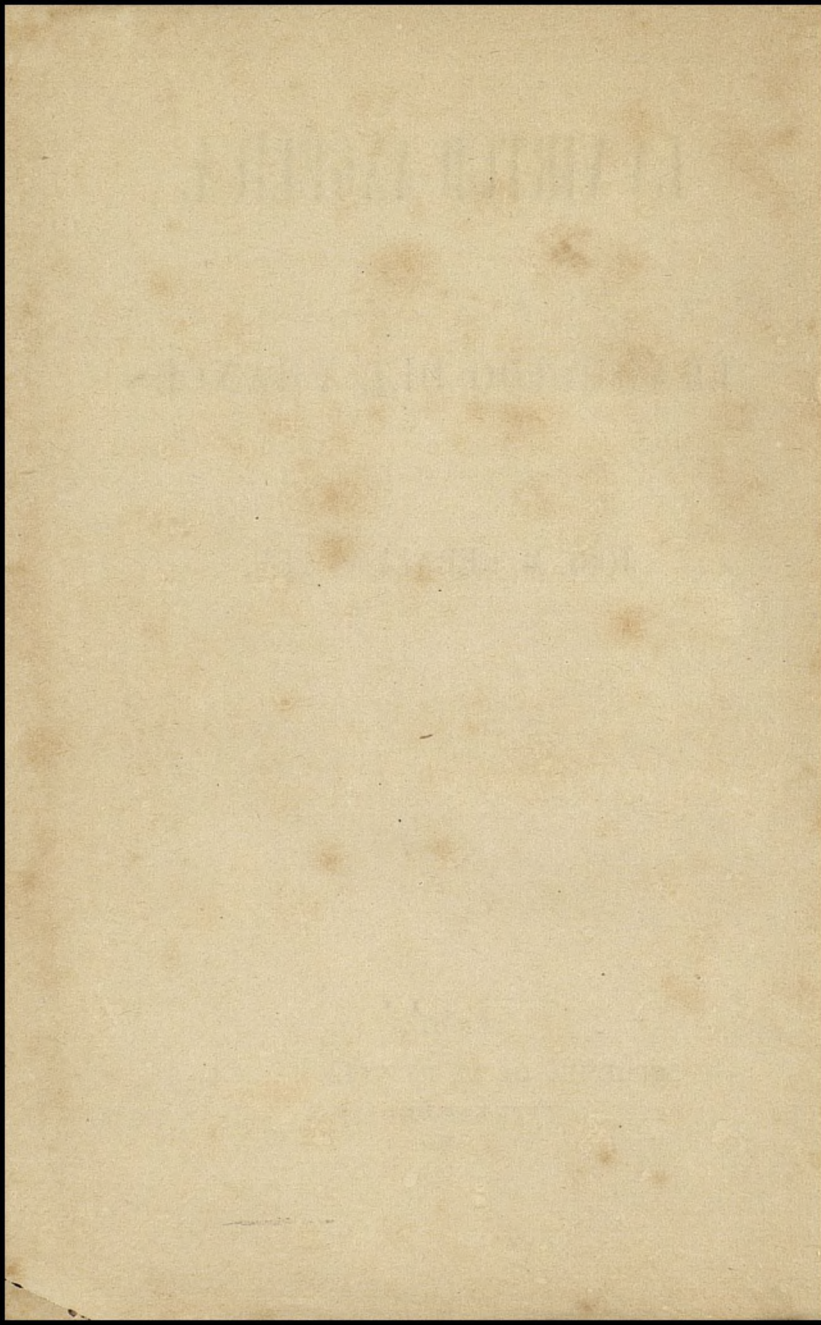
JOSÉ M. CEBALLOS TEY.

CADIZ.

—
IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,

CALLE DE LA BOMBA, NUM. 1.

1865.





CÁDIZ 16 DE NOVIEMBRE DE 1864.

Por lo que á Nos toca, concedemos la licencia que solicita D. José Ceballos Tey para dar á la prensa la traduccion que ha hecho á nuestro idioma del opúsculo escrito en francés con el título de LA VIRTUD ANGÉLICA; pues examinado de nuestra órden dicho trabajo nada se ha encontrado en él digno de censura, sino por el contrario se ha considerado muy conveniente su lectura, ya para preservar á la juventud de la corrupcion general, ya tambien para reformar sus costumbres.

Lo decretó y firma el Sr. Gobernador Eclesiástico de esta Diócesis por ausencia en Santa Visita de su Señoría Illma. el Obispo mi Señor de que certifico.—HERRERO.—FEDERICO FERNANDEZ Y MATEOS, Vice-Secretario.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and is too light to transcribe accurately.

PREFACIO.

Felices los que marchan por el camino de la inocencia y se conducen segun la ley casta del Señor! Desgraciados los que se apartan de los senderos de la santa pureza! Ciertamente no marchan por el camino de Dios, sino por la estensa via que á la perdicion conduce. Oh querida juventud, cómo arreglareis sabiamente vuestra conducta á no ser observando el mandamiento que Dios os ha hecho de vivir puros y sin mancha? Grabad, pues, esta santa ley en el fondo de vuestro corazon á fin de no ofenderle: pronto probareis, si sois fiel, que ella es el origen de todos los bienes. Pobres extranjeros que sois sobre la tierra, expuestos á tantos y tan grandes peligros, no rehusad el dar oido á los sabios consejos que el Señor os dá y el abrir vuestros ojos á la luz con que os favorece: que vuestra alma arda en deseos de aprovechar estos santos consejos y de marchar á la claridad

de su celeste antorcha. Hombres perversos conspiran contra vosotros, los espíritus de las tinieblas se unen á ellos para apartaros de la santa senda de la pureza; pero seguidla constantemente, y no los escuchéis; y si sucediera que vuestro valor se debilitase, y que vuestra alma atemorizada por los asaltos cayese en la languidez y la tristeza, recurrid á Dios que os ayudará con su gracia y Él mismo combatirá con vosotros. Sí, Él dilatará vuestro corazón y vosotros correreis con nuevo ardor por el camino de sus mandamientos. Suplicadle sin cesar que haga volver hácia él todo el afecto de vuestro corazón, y que este se disguste de los falsos placeres de la tierra; pedidle que haga volver vuestros ojos y apartarlos de la vanidad, á fin de que sigais constantemente su ley y jamás dejes de observarla.

CAPITULO I.

*La pureza es un rico tesoro que asegura la amistad de
Jesus al que la practica.*

Oh, qué preciosa es la castidad! clamaba Salomon. Todos los tesoros de la tierra no tienen nada que le sea comparable. Ella es preferible á los mismos cetros y coronas, y tú, hijo mio, si te dedicas á practicar la pureza amable, y si tienes la dicha de conocer por tu propia experiencia sus grandes ventajas, tambien dirás que ella es un tesoro y que todos los bienes nos vienen por ella. Y no es desde luego la mayor de todas las ventajas el llegar á ser el favorito de Jesucristo? Ved todo el particular aprecio que ha hecho de esta virtud el adorable Salvador. Ha querido hacerse hombre y tomar un cuerpo que sirviese un dia de víctima por nuestros pecados? Pues este cuerpo se formó en el seno, y de la sangre de la mas pura de las vírgenes y por obra del Espíritu-Santo.

Qué precursor escogió? Un hombre santificado aun antes de nacer, un hombre que mereció despues, por la pureza de su vida ser llamado por el mismo Jesucristo el mas grande de los hijos de los hombres: un hombre en fin, que por el genero de muerte que tuvo debe ser mirado como el mártir de la castidad.

Y qué esposo dió á la admirable Vírgen de quien queria nacer sino el casto José, el hombre mas justo, el mas fiel servidor? A este hombre tan puro fué á quien hizo director de su infancia, guardian de la santa familia, y confi-

dente de los secretos del Cielo y de los mas grandes misterios.

Sorprende despues de eso que la amable y santa virtud de la pureza, que, hasta el nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre habia sido tan poco conocida, se haya desde esta época derramado en tantas almas castas, y les haya hecho preferir á las mas brillantes coronas, á los tronos mejor consolidados, el honor de poder, por las huellas de la Reina de las vírgenes, y de su casto esposo san José marchar detrás del Cordero sin mancha, bien convencidas de que ellas no podian demostrarle mas vivamente el amor que le tenian, sino por el aprecio y la práctica de una virtud que le es tan querida.

Imita, hijo, á estas bellas almas, á estas almas tan puras, y para excitaros á seguirlas considerad ahora á qué grado de gloria han llegado marchando constantemente por el sendero de la amable virtud de la pureza.

CAPITULO II.

La pureza asegura en la otra vida un grado de gloria particular y aun en esta vida especiales favores.

Entrad con vuestra mente en el Cielo: elevaos á los mas altos lugares de este reino feliz: id hasta el trono de Jesus glorificado, y ved cuales son las almas que ha escogido para formar de ellas su córte. Estas son las almas mas puras, las almas de las vírgenes; ved aquellas con quienes él se regocija mas que con las de los otros elegidos; ved las que le siguen y acompañan por do quiera que vá, como se lo hizo conocer á su bien amado discípulo. Él le mostró

sobre la montaña de Sion cuarenta mil vírgenes detrás del Cordero. Ellas nunca le dejaban, donde quiera que se hallase, y por donde ir quisiera. Ellas le seguían en efecto como á su rey que tiene un placer en tener cerca de él, y estar siempre rodeado de ellas, y que no cesa de mostrarles por las gracias y beneficios que les prodiga el ardiente amor que por ellas tiene. Tan verdadero es que, como está escrito, el que ama la pureza tendrá al Rey de reyes por amigo.

Tal será, hijo mio, tu dicha, si sigues la senda de la amable pureza: no solamente serás del número de los predestinados, no solamente irás al Cielo, sino que allí serás distinguido por la elevacion del rango que tendrás cerca del trono del Cordero glorificado, de Jesucristo Hijo de Dios vivo; él te lo asegura; él te lo promete. Felices, dice él, los que tienen el corazon puro porque verán á Dios.

Pero qué digo? en esta vida serás favorecido, gozando antes de la celeste alegría que el Señor se complace en derramar en las almas que le han encantado por la pureza de su corazon y por las cuales no desdeña tomar el amable título de esposo, como está escrito en las divinas Escrituras, dándoles por consecuencia las mas vivas y tiernas señales de su amor.

Él esclarece su espíritu con la luz mas pura, él inunda su alma con la mas dulce paz, él las llena de consuelos, él gusta de tener con ellas en la oracion conversaciones deliciosas, él se une á ellas íntimamente y las eleva á santos transportes en la comunión, y entonces es cuando estas almas privilegiadas pueden decir con verdad: "mi bien amado está en mí y yo estoy en mi bien amado."

CAPITULO III.

*Ejemplos de Santos que han probado los favores
particulares reservados á las almas puras.*

Cuántos santos y santas, que se han hecho célebres por su amor á la pureza han probado en todos los tiempos los inefables favores de que acabamos de hablar! Y cuántas veces los Tomás de Aquino, los Antonios de Pádua, los Franciscos de Sales, los Franciscos Javier, los Gonzagas, los Estanislao y tantos otros cuya pureza cultivada desde la infancia y victoriosa de todos los peligros, fué la base de su alta santidad, no los probaron!

Si las Inés, las Catalinas, las Agatas y tantas otras vírgenes ilustres han afrontado á los tiranos y sostenido con tanta fuerza y valor, en un cuerpo tan débil y tan tierno los mas terribles suplicios, es porque abrasadas del amor del celeste esposo, combatian tanto por conservar su pureza como por hacer triunfar su fe.

Y si en los tiempos mismos en que la Iglesia gozaba de paz las Teresas, las Catalinas de Sena, las Magdalenas de Pazis, las Escolásticas, y las Claras han recibido tan abundantes los favores del divino Esposo; si tantas vírgenes en el claustro á donde se han retirado para poner á cubierto el tesoro de su pureza gustan estas santas delicias que Dios derrama en el alma que le ama, es porque entre los placeres capaces de dividir su corazon y quizás de corromperlo han preferido el amor de la casa del Señor á los tabernáculos de los pecadores y á todas las ventajas que el mundo les presentaba.

Pero juzga aun, hijo mio, del amor que el Salvador del mundo tiene á las almas puras y castas, por el que tuvo á

á san Juan, discípulo conocido entre los otros por el glorioso nombre de discípulo que Jesus amaba: amor de Jesus por san Juan, fundado como lo canta la Iglesia el dia de su fiesta, en el cuidado que tuvo toda su vida por conservar la pureza.

De ahí el favor que le acordó de permitirle en la última cena reposar sobre su seno, para demostrar que el amor que tenia á su querido discípulo llegaba hasta la ternura, y si es permitido hablar así, hasta la familiaridad.

De ahí en fin esa prueba tan viva y tan fuerte del amor con que le honraba que le dió al punto de entregar el alma, dándole el amable y tierno nombre de hijo, adoptándolo por ser el de María, su santa Madre y haciendo que su madre le recibiese por hijo suyo; favor insigne que debió san Juan á su pureza, segun san Gerónimo.

Así es como Dios se deleita en colmar de sus beneficios y de señales de su amor á los que se esfuerzan en agradecerle por su pureza.

CAPITULO IV.

La pureza asegura á los que la practican la proteccion especial de Maria, la santisima Madre de Dios.

Vos sabeis, querido hijo, que María Madre del Salvador del mundo os ha sido dada por madre por este divino Hijo. Sí, ella es vuestra madre y la de todos los hombres, pero como entre los hijos de una madre misma, los hay que por su conducta se hacen mas queridos y mas amables, así se puede bien asegurar que tales personas que se distinguen por el amor á la pureza son de un modo mas particular los hijos de la Santa Virgen, y pueden contar

con su ternura y su liberalidad mas que los otros fieles.

Sí, dice san Gerónimo, siendo vírgen María, es para ella una razon el demostrar que es particularmente la madre de las vírgenes. La semejanza que estas tienen con ella por una virtud que hace su gloria y á la cual, dice san Bernardo es deudora de la dignidad de Madre de Dios, le inspira, para las almas castas más ternura y afeccion.

Y como los que son mas dados á la práctica de esta virtud tienen de ordinario mas devocion, estima y amor á la Santa Vírgen que ellos miran como su reina, su protectora, su modelo, y en fin, como su tierna madre: no han de tener derecho á esperar, por su parte, todas las señales de bondad y de proteccion con que ella favorece á las personas que le son queridas, ya por las virtudes que practican ya por el afecto que tienen á ella?

Recurrid, pues, á esta tierna madre con la mas entera confianza, oh, querido hijo mio! y si sois casto, creed que ella, con una bondad toda particular echará sobre vosotros sus misericordiosas miradas. Creed que si la imitais por la pureza de vuestro corazon ella os tendrá un amor de madre, un amor y una voluntad toda especial, mirándoos como á un hijo querido que su Hijo le ha muy expresamente confiado en la persona del casto san Juan y amándoos con un amor igual al que ella tuvo por este bien amado discípulo.

Hé ahí, dirá ella, el hijo que Dios me ha dado, y ha puesto bajo mi conducta: él tiene á honor el ser mio y el imitarme con la práctica de la virtud que me es mas querida; yo quiero tambien gloriarme de ser en efecto su tierna madre, y de darle las señales mas fuertes y mas singulares de este amor maternal.

Sí, ese es mi hijo y yo soy su madre; yo le protegeré, yo le ayudaré á conservar en una carne frágil, una virtud tan

delicada, atacada por tantos enemigos, por el demonio, el mundo y la carne.

Sí, yo soy su madre, yo le mostraré que soy la Virgen terrible al infierno, haciendo inútiles todos los esfuerzos de esas potencias conjuradas contra mis hijos. Sí, yo soy su madre, yo amortiguaré en este hijo bien amado el fuego de las pasiones; yo apartaré de él las ocasiones y las malas compañías tan funestas á la pureza, yo apagaré todos los momentos capaces de hacerlo sensible á los placeres peligrosos, y yo le inspiraré tanto horror al vicio contrario á la pureza, tanta vigilancia para prevenir todo lo que pueda llevarlo á él, en fin, tanta desconfianza de sí mismo y tanta confianza en mí, que á cualesquiera combates que se vea expuesto salga siempre victorioso de ellos.

Tales son los insignes favores de que la santa Virgen se complace en colmar á sus castos hijos. Esforzaos, pues, querido hijo mio, por merecer este glorioso título por la práctica de la pureza que debe hacer el carácter de los que le llevan y que os procurará infaliblemente la estima y el amor de esta santa madre de Dios, como tambien su proteccion durante esta vida y en la hora de la muerte.

CAPITULO V.

La pureza hace al hombre semejante á los ángeles.

Escuchad, hijo mio, las palabras de uno de los mas hábiles maestros de la vida espiritual, el célebre Casiano. No hay, dice, virtud que haga al hombre mas parecido ni mas semejante á los ángeles que la virtud de la castidad; porque siendo los ángeles espíritus puros no pueden tener ningun respeto con la carne.

Escuchad aun lo que decia el gran Ambrosio, este célebre doctor de la Iglesia: La castidad es la que transforma á los hombres en ángeles; el que la practica se hace semejante á estos espíritus celestes, llega á ser un ángel; y el que pierde esta virtud se hace un demonio. Sí! desde esta misma vida se puede decir que las almas castas se asemejan á los espíritus celestes.

Qué digo? segun S. Bernardo, la pureza de los hombres aventaja á la de los ángeles, porque estos son puros por su naturaleza y por la felicidad de su estado, mientras que el hombre no lo es sino por su valor, su vigilancia, sus esfuerzos, su fidelidad á la gracia y la huida de todo aquello que pueda empañar el brillo de su pureza.

Mucho tiempo antes este padre de la Iglesia, S. Juan Crisóstomo, habia dicho que no habia otra diferencia entre Elías, Eliseo, S. Juan Bautista y los ángeles, que estos no teniendo cuerpo no tienen nada que los lleve al placer, y que aquellos han tenido necesidad de una violencia continua para adquirir esta virtud que es natural á los ángeles.

Tambien otros santos padres no vacilan aun en sostener que la pureza hace al hombre parecido á Dios mismo: y en eso se apoyan en esta palabra de la Escritura: la pureza acerca al hombre á Dios que es la pureza esencial. Admirable cosa, esclama S. Basilio, que la pureza nos haga semejantes á Dios, que es infinitamente puro. La pureza, dice tambien S. Juan Climaco, no es otra cosa sino una semejanza con Dios la mas perfecta cuanto es posible al hombre.

Oh castidad! esclama S. Efren, que haces al hombre semejante á Dios mismo, que haces las delicias de Jesus y de María; que haces al hombre invulnerable á todos los esfuerzos del infierno; que le llenas de alegría sobre la tier-

ra y le aseguras en el cielo la posesion de la verdadera felicidad!

Mi querido hijo, tú deseas ardientemente esta verdadera felicidad del cielo, entrégate pues con todo el celo de que seas capaz á la práctica de la santa y amable pureza; pues segun los padres de la Iglesia, ella es la mejor señal que nosotros podemos tener aquí abajo de nuestra predestinacion. Y en efecto, si ella nos hace amigos de Dios, los mas queridos hijos de su santa Madre; si ella nos hace semejantes á los ángeles y aun á Dios mismo, ¿puede acaso dejar de hacernos algun día participar de la dicha de estos espíritus celestes y acercarnos mas al trono del Dios de pureza?

CAPITULO VI.

Del noble ardor que la consideracion de las grandes ventajas de la pureza ha inspirado á los santos para la práctica de esta virtud.

Oh, hijo mio! no esclamais ahora con el sabio, este hombre inspirado de Dios, que no hay nada mas ventajoso al hombre que la pureza, y que la estima que ella merece está por encima de todo lo que se pueda decir y pensar? No direis aun con él: ah! qué cosa tan excelente es la castidad! su gloria es inmortal, pues que está fundada sobre la estima que hace Dios de ella y sobre las alabanzas que le dan los hombres?

Y que bien se ha visto en todos tiempos y principalmente desde el establecimiento del cristianismo personas que encantadas por la hermosura de esta virtud, y viendo las grandes ventajas que lleva consigo, se han entregado á

ella fuertemente y con constancia, y han llegado por su medio á la mas eminente santidad!

¡Y cuántas testas coronadas que en medio de la licencia de las córtés han guardado la castidad mas exacta hasta privarse de los mas lícitos é inocentes placeres desde que temian no diesen ataque á la pureza de su corazon!

¡Cuántos otros á pesar de su nacimiento y de su condicion han hejado todo por poner á cubierto en las tinieblas de la soledad el tesoro de la castidad tan espuesto en el mundo!

No es otra cosa sino el deseo de garantir este precioso tesoro de estos mismos peligros, lo que frecuentemente conduce á los altares á tantos jóvenes de uno y otro sexo, para consagrarse al Señor y unirse á él por un voto que verdaderamente les hace sus esposas; voto de que María, segun el testimonio de los santos padres, dió la primera el ejemplo el dia de su presentacion al templo. Entonces, dice S. Ambrosio, ella comenzó á elevar el estandarte de la virginidad, estandarte bajo el cual se han despues reunido tantas vírgenes que han formado y forman todavía, segun la espresion de S. Cipriano, la mas noble porcion de la Iglesia.

Colocaos pues, querido hijo mio, bajo este estandarte de la Reina de los Angeles; imitad la vida angélica de los que bajo sus auspicios han llegado á la feliz morada en que ella reina con su Hijo, y en donde ella hará reinar durante todos los siglos á todos los que hayan seguido su ejemplo en la estima, en el amor y en la práctica de la pureza.

CAPITULO VII.

El vicio opuesto á la pureza hace la vida miserable.

Huid, decia el Salvador del mundo, de los falsos profetas, y cuidad mucho de que no os seduzcan. Ellos vienen á vosotros con todo el exterior de corderos, y no son mas que lobos crueles y devoradores.

¿No es verdad, hijo mio, que esto es lo que yo puedo deciros con razon del vicio opuesto á la santa pureza? Él se presenta á vosotros con un exterior sonriente y os promete la felicidad, mientras que lo que os prepara solo es la desolacion, la muerte y el colmo de la desdicha. Yo quisiera, querido hijo mio, que pudiéseis oir los gritos y lamentos de uno de estos desdichados que despues de haberse entregado imprudente y temerariamente al vicio de que hablo, habiéndose dejado seducir por su exterior encantador, han reconocido al fin su error y hecho un divorcio completo con este monstruo tan infame: él os diria con S. Agustin, que desgraciadamente se habia hecho esclavo de esta pasion: yo creia hallar allí la paz y no he hallado sino la guerra, y sin hablar del infierno á donde conduce este vicio, ¡cuántas espinas y cuántas inquietudes he hallado en él!

Tambien os diria con S. Ambrosio: Oh! qué amargo es el placer del deleite! ¡mas amargo que la hiel y mas cruel que la punta de una espada! Tambien os diria con Séneca filósofo pagano que se habia dejado encadenar á él: cómo llena esta pasion el corazon de mil disgustos, de mil displaceres! Los goces de los voluptuosos, añade este sabio pagano, son turbados por el temor que les hace perder el contento del alma.

Sí, la voluptuosidad es un tirano cruel y despiadado; y tantos esclavos hace cuantos partidarios halla: primero los atrae dulcemente, los atrae insensiblemente, y agradablemente los entretiene; pero despues los oprime con violencia y les quita su libertad sujetándoles á sus detestables leyes.

Esto es lo que dice tambien S. Ambrosio: Vosotros os dejais ir, dice, al libertinaje, y por eso llegais á ser esclavos: vosotros os dejais llevar por el torrente de toda clase de vicios, y por eso se os dice, no os perteneceis á vosotros sino á mí.

Los mismos gentiles han reconocido esta verdad, querido hijo mio; pues Propercio, uno de ellos, hablando de esta pasion dice, que está sentada sobre las cabezas de sus súbditos, como para obligarlos mas de cerca á seguir sus órdenes. Los otros antiguos poetas son del mismo parecer, y por esta razon llaman á este vicio una pasion bárbara, cruel, fiera, severa, ríjida, despiadada.

Tambien el célebre Boecio advirtió á los príncipes y á los soberanos que si querian gobernar soberanamente debian guardarse bien de entregarse al placer que bajo la falsa apariencia de libertad, tiene á los hombres en cautividad y los carga de lazos y cadenas así que se ha apoderado de sus corazones.

Y hé aquí como Ciceron respondia al reproche que se podia hacer á la vejez de ser inhábil é incapaz para los placeres: Oh feliz privilegio de nuestra edad, exclama, el libranos de lo que hay mas vicioso en la juventud!

Escuchad tambien, oh buenos jóvenes, un antiguo discurso de Architas de Tarento, uno de los primeros y de los principales personajes de su tiempo; no hay en la naturaleza, decia, veneno mas funesto al hombre que el placer del cuerpo; no hay placer ninguno á que se entregue

con mas impetuosidad y frenesí. De ahí vienen las traiciones á la patria, el desórden de los estados, las inteligencias criminales con el enemigo: no hay nada malo á que no obligue esta funesta pasion: es enemiga de la razon, ella corrompe el juicio, ofusca los ojos del espíritu y de ninguna manera puede aliarse con la virtud.

CAPITULO VIII.

Testimonio de S. Agustin sobre los funestos efectos del vicio opuesto á la virtud.

Escuchad aun, hijo mio, como se explica S. Agustin sobre este asunto. Desde que se está poseido, dice, del demonio impuro, se deja uno atar y sujetar como él quiere: se deja uno ir de pecado en pecado, se ve uno obligado á ir por donde él quiere como una bestia monstruosa que se lleva de ciudad en ciudad para servir de juego y de diversion á los espectadores.

Sí, el que se deja obligar por esta pasion, es verdaderamente como un buey que se deja llevar á la carnicería ó como un débil cordero que no sabe que se le va á amarrar fuertemente hasta que al fin viene una flecha mortal, es decir el remordimiento que le atraviesa el corazon.

En fin, el voluptuoso que se deja llevar á donde su brutal pasion le obliga continuamente, bien quisiera entregarse á ella sin inquietud y sin ningun pensamiento de tristeza ni dolor; pero su conciencia no le deja en reposo, su conciencia no deja de reprocharle á cada momento su infamia, y no cesa de ponerle delante de los ojos la fealdad de su pecado.

Ella le dice interiormente lo que Dios dijo á Cain: Ah! desdichado, qué es lo que tú has hecho? ah pérfido! qué pecado el que acabas tú de cometer? dónde está tu Dios que tú has ofendido? dónde está el paraiso que has perdido? dónde está la gracia que has arrojado de tu corazon?

En medio de estos reproches que le hace su conciencia, su espíritu está todavía atormentado por la aprension de los juicios de Dios. Sabe que él es justo y que castigará sus excesos con penas eternas: él se representa á los libertinos semejantes á él, que habiendo muerto en sus crímenes arden en la actualidad en los infiernos sin esperanza de salir de ellos jamás: él vé por otro lado á la muerte que se acerca: tiembla al solo recuerdo de aquel momento fatal, en que su cuerpo será puesto en la tumba para ser comido en ella de los gusanos, y su alma en el infierno para ser en él atormentada eternamente. Ah! cuánta pena le causan estos pensamientos y en cuántos sinsabores se cambian sus placeres!

No creais pues, hijo mio, en la pretendida felicidad del voluptuoso. Diriais al verle que está contento; pero consultad su conciencia, ved la aficcion y la tristeza de su corazon, mirad las úlceras y las heridas mortales de su alma; aunque os parezca que vive feliz y deliciosamente, lleva una vida llena de amarguras y de penas interiores. Un hombre así no duerme nunca en reposo: siempre está en el temor y en el espanto, no come nunca con gusto, los entretenimientos que tiene aun con los amigos no le podrian consolar ni librarle de este tormento interior que le molesta: él lleva siempre consigo su conciencia que es como una insufrible agonía que le atormenta sin cesar, y así sufre siempre penas sin número y un suplicio sin fin.

Este era sin duda aquel suplicio que David sentia cuando se quejaba de que su pecado se levantaba sin cesar con-

tra él. Este era aquel suplicio que le hacia decir que él se creia ya cerca de la muerte y medio metido en el infierno, de manera que él no podia dormir tranquilo.

No, hijo mio, segun el oráculo del Espíritu-Santo no puede haber paz para los que se entregan á los excesos de la voluptuosidad.

CAPITULO IX.

El vicio contrario á la pureza vá casi siempre seguido de una muerte desgraciada.

Es una verdad reconocida, querido hijo mio, que el hombre muere como ha vivido. Sí, si vuestra vida es santa morireis santamente, y si ha sido criminal, morireis miserablemente.

Hé aquí lo que expresamente declaran las divinas Escrituras diciendo que la muerte de los santos es preciosa delante de Dios, y que las de los pecadores, es desgraciada y horrible. La muerte de los santos es preciosa delante de Dios y por qué? Porque siendo Dios infinitamente misericordioso concede fácilmente la gracia de bien morir á los que bien han vivido.

Por el contrario, la muerte de los pecadores es desgraciada, porque siendo Dios infinitamente justo no concede sino muy extraordinariamente la gracia de bien morir á los que han vivido en la iniquidad.

Y no es eso, en efecto, lo que quiere decir la Escritura anunciando que el Señor tratará rudamente á la muerte de los corazones endurecidos? No es eso lo que san Pablo declara diciendo ¿que no se recogerá sino lo que se haya sembrado y que si no se ha sembrado mas que obras de car-

ne y de corrupcion, no se recogerá sino una muerte de corrupcion y de maldicion?

Y, en efecto, cómo el que ha vivido en hábitos criminales pudiera morir de otro modo? Un hombre de este carácter puede acaso fácilmente cambiar en un momento y llegar á ser santo? Puede en poco tiempo romper esos hábitos que ha contraido desde tanto tiempo, y que se han arraigado por la continuacion de tantos años? Siendo el hábito del vicio opuesto á la santa pureza mas fuerte que el de los demás pecados, y arraigándose segun la espresion de santo Tomás tan profundamente en el alma que es casi imposible el arrancarlo, no era menester un milagro para extirparlo y destruirlo? La experiencia nos prueba que este es un mal casi incurable, que este es un mal que habiendo penetrado hasta los huesos de los que se han entregado á los excesos de esta pasion, no se borra aun á la muerte sino que les acompaña hasta la tumba.

No espereis, dice el profeta Oseas, que los voluptuosos se conviertan. Bien lejos de volver á Dios por una verdadera penitencia, ellos no pensarán en ello, porque están dominados por el espíritu impuro.

Es, pues, ordinario que los voluptuosos mueran en sus pecados. Así á excepcion de la familia del justo y sabio Noé perecieron los hombres en las aguas del diluvio porque toda carne habia corrompido su camino; así perecieron en las llamas los habitantes de las cinco ciudades infames que una lluvia de fuego redujo á cenizas; así perecieron veinte y cuatro mil israelitas; así perecieron tantos otros de que la Santa Escritura y la historia hacen mencion.

CAPITULO X.

Rasgo tan terrible como cierto que prueba cuán difícil es la conversion de los voluptuosos á la hora de la muerte.

Escuchad, querido hijo mio, la narracion de un hecho tan terrible como cierto que está sacado del proceso de canonizacion de san Francisco de Borja.

Un caballero español despues de haber sido el esclavo del demonio del deleite, fué atacado de una enfermedad mortal. En vano se probó á determinarle á lavar sus crímenes en las saludables aguas de la penitencia, el solo nombre de confesion le era insoportable. Habiendo san Francisco de Borja sabido su obstinacion, se prosterna delante de un crucifijo y con las lágrimas en los ojos suplica al divino Salvador que no deje perecer un alma rescatada con el precio de toda su sangre. Cosa estraña! él oye una voz que le dice: "vé Francisco, vé á encontrar á ese enfermo y exhórtale á la penitencia."

Tentativa inútil; el enfermo ya entre los brazos de la muerte rehusa el confesarse. Francisco se retira y prosternado de nuevo delante del crucifijo, pide al Salvador del mundo por su sangre y por su muerte que ablande aquella alma endurecida. La misma voz se hace oír por segunda vez y le dice: "vuelve á donde está el enfermo y lleva contigo tu crucifijo." El santo hace lo que se le ordena. El enfermo rehusa el rendirse y en seguida, por un milagro el crucifijo aparece cubierto de llagas y todo bañado en sangre. El santo emplea toda la afeccion de su celo y de su caridad, él le pide, le conjura por las llagas de Jesus crucificado y por la sangre de que le vé todo cubierto que

tenga piedad de su alma; pero insensible á todos estos esfuerzos aquel muere blasfemando y renegando de su Criador.

Si la muerte de los voluptuosos ó de la mayor parte de ellos no lleva caractéres tan horribles como la de aquel de que acabamos de hablar, no es por eso menos mala. Y he aquí lo que decia con este motivo un doctor célebre de la Iglesia, el gran san Gerónimo en el momento en que iba á espírar en medio de sus discípulos. "Yo no creo, esclamaba, que de cien mil que han vivido mal haya uno solo que merezca el perdon de sus pecados á la hora de la muerte." Estas terribles palabras se deben aplicar principalmente á aquellos que han vivido en vergonzosos hábitos, y por qué? Porque los pecadores de este género son los que principalmente mueren sin una verdadera contricion; no son ellos los que dejan el pecado, sino el pecado es el que los deja, y si ellos no muriesen no cesarian de pecar.

CAPITULO XI.

El vicio contrario á la pureza, conduce á la mayor parte de los hombres á la perdicion eterna.

Mi querido hijo, qué horror tan vivo han tenido del vicio impuro los primeros cristianos! Apenas se osaba nombrarlo en presencia de ellos. Por enorme que les parecia la falta de los que sucumbian en las persecuciones de los que á la vista de los tiranos, del hierro y del fuego tenian la cobardía de apostatar, los excesos de la voluptuosidad les parecian mucho mas inexcusables.

Despues, decian ellos, que un Dios ha honrado nuestra

carne hasta revestirse con ella en la encarnacion, hasta adoptarla en el bautismo, y hasta unirse á ella íntimamente por la comunión, esta carne está como divinizada, y ha llegado á ser como la carne de Jesucristo; y por consecuencia, el profanarla, el deshonorarla es uno de los mayores sacrilegios: de este modo no se creía que fuese muy rigoroso el imponer por el crimen contrario á la pureza, diez, veinte, treinta, cuarenta años aun de la mas austera penitencia.

Se sabia además que segun el language de san Pablo, los impuros no entrarán en el reino de los cielos; y que segun san Pedro esta es la clase de pecadores que Dios reserva mas particularmente para ser las desgraciadas víctimas de su cólera. Se sabia en fin, que es de fe que este pecado no merece menos que una pena eterna.

Y sin embargo, cuán comun no es este abominable vicio! y cuántas almas no conduce cada dia á la perdicion! Y quién no se admirará de lo que decia ya en su tiempo en que la fe era todavía tan viva y la piedad tan comun, san Remigio arzobispo de Reims? Excepto, decia este gran pontífice, los niños que mueran antes del uso de la razon, hay pocos que no estén dañados por el vicio impuro. Esto os parecerá, hijo mio, un poco quizás exagerado; sin embargo, recorred los otros padres y doctores de la Iglesia, y vereis que están conformes en asegurar que de cien mil reprobados hay noventa mil que deban atribuir su desgracia á este pecado; y no debemos extrañarnos de eso, dice san Agustín, pues entre todos los combates que estamos obligados á sostener sobre la tierra no los hay mas peligrosos que los que el deleite nos dá, porque además de que son muy frecuentes, son tan violentos que pocas personas consiguen una victoria completa sobre esta pasion.

Esta es un enemigo que ataca en todo tiempo, en todo

lugar, en todo estado y á toda edad, apenas somos capaces del bien y del mal cuando ya el demonio impuro espía la ocasion para sorprendernos, y sabiendo que en la juventud es uno mas susceptible á las impresiones del placer sensual, aprovecha esta ventaja para llevarnos al vicio; nos ataca por nuestro flaco, se desliza en nuestro espíritu, ocupa todos nuestros pensamientos, gana nuestra voluntad, se apodera de nuestros corazones, nos quita el pudor que es el principal guardian de la castidad, á fin de llevarnos luego con éxito á cosas criminales de las cuales hace contraer el hábito que esclaviza al alma á los desarreglos en que se sumerge durante todo el curso de su vida, pues es muy raro que se vuelva enteramente de un estravío tan funesto.

CAPITULO XII.

Es muy raro y muy difícil que los que se han entregado al vicio impuro se conviertan y corrijan.

Una triste experiencia prueba, querido hijo mio, que la mayor parte de los que se han dejado obligar por el demonio impuro no tienen el valor para vencerlo, y para hacer los grandes esfuerzos que son necesarios para corregirse de ese vicio, que segun la expresion del Espíritu-Santo, es una fosa profunda y un pozo muy estrecho de donde no puede uno retirarse sino muy difícilmente. Así dice san Gregorio papa, se vé á los soberbios humillarse, á los vengativos reconciliarse con sus enemigos, y á otros pecadores renunciar enteramente á sus pecados; pero de voluptuosos convertidos se ven pocos ejemplos. El vicio opuesto á la pureza, dice san Gerónimo, es un vicio insaciable.

Además, querido hijo mio, este vicio ahoga todo lo que

podiera procurar la conversion de un alma, ahoga el temor de Dios, las buenas inclinaciones á la virtud, los buenos pensamientos de la muerte, del juicio, de la eternidad, de la presencia de Dios, todo lo que en una palabra pudiera conducir á una verdadera conversion.

Cuántos no se ve en efecto que, teniendo mucha inclinacion por la virtud y un gran horror al pecado, han vivido en el temor de Dios, y han llevado una vida muy arreglada todo el tiempo que han tenido la dicha de vivir puros y castos; pero que habiendo una vez cedido á la pasion, han perdido en un momento todas estas buenas cualidades, y se han entregado luego á toda clase de desarreglos sin que las buenas advertencias de los confesores, las amenazas de los predicadores, las amonestaciones de personas sabias y prudentes les hayan podido retener.

Se llega al colmo de la sorpresa al ver una depravacion tan grande suceder á una vida tan virtuosa y á una conducta tan moderada otras veces: no se concibe cómo se haya cumplido este misterio de iniquidad. Quereis saber cómo se ha operado? Escuchadme, querido hijo, voy á explicároslo.

El deleite comprime desde luego al espíritu y le impide que se eleve sobre los sentidos: desde las primeras caidas se empieza á descuidar á Dios, se hacen menos oraciones, menos lecturas edificantes, es uno menos asíduo á los ejercicios de religion; despues de nuevas faltas el olvido á Dios se aumenta, menos sentimiento de piedad, menos ternura, se recurre menos á los sacramentos; bien pronto se permite uno decir bromas de las cosas santas y de las personas que se dedican al servicio de Dios como de las que le están consagradas, se bromea sobre las penas del infierno y sobre las recompensas del cielo; llega uno á hacerse ciego y endurecido; tan cierto es, como lo dice san Pablo, que el que es

esclavo de sus sentidos, es incapaz de tener gusto en las cosas de Dios.

En esta ceguera no se vé ni la fealdad ni la infamia de sus pecados y no se apercibe del peligro evidente en que está expuesto á perderse.

Lo diré? Tambien los hay entre los desgraciados esclavos del placer que están talmente endurecidos y talmente esclavizados á sus desarreglos que de buena gana quisieran que no hubiese Dios, á fin de pecar mas libremente, y no pudiendo realmente destruirlo se esfuerzan en borrarlo al menos en su corazon, diciendo ellos mismos como el impío: "No, no hay Dios." Así se ha observado en todos los siglos que así como no ha habido ateos declarados que no se hayan entregado al menos en secreto al vicio contrario á la pureza, así no hay impúdicos que no se hagan ateos, ó al menos que no vacilen en la fe si perseveran en sus malos hábitos.

CAPITULO XIII.

De las precauciones que hay que tomar para conservar la santa virtud de la pureza: la primera de estas precauciones es el temor de Dios.

Mientras mas grande es el tesoro de la pureza, mi querido hijo mio, mas enemigos tendreis que combatir para conservarla. Estos enemigos son tan temibles, que no sabriais tomar demasiadas precauciones para libraros de ellos. Pensad, en efecto, que como dice S. Pablo, no solo teneis que combatir contra los hombres de carne y sangre, sino contra los príncipes y potencias terribles, contra los espíritus de malicia esparcidos por el aire: ¿y cómo vencer á

espíritus invisibles y á príncipes y potentados?

Pero tened confianza, hijo mio; Dios es fiel, dice el apóstol, y no permitirá que seais tentados mas allá de vuestras fuerzas, y á fin de que podais resistir á la tentacion, él os dará socorros proporcionados á los ataques que tengais que sostener.

No hay médico que proporcione tan bien á las fuerzas y á las necesidades de un enfermo los remedios que él le prescribe como el celeste médico proporciona á nuestras fuerzas las tentaciones de que permite que seamos combatidos.

Dios, dice S. Agustin, se comporta algunas veces con respecto á sus servidores como nuestro buen Salvador se comportó con Lázaro cuando supo su enfermedad: él los deja algun tiempo en las tentaciones y parece que los ha olvidado; pero no obra así sino para sacarlos del peligro con mas ventaja para ellos.

Si hay pues algun tiempo para que venga á vuestro socorro, esperadle, os dice el profeta Habacuc, porque él vendrá bien pronto, y no tardará ya. Creed que si tarda es para probar vuestra fidelidad y vuestro amor: invocadle con instancia, con fervor y con perseverancia, y vereis como será fiel á la promesa que os ha hecho de no abandonaros; tened horror de la menor desconfianza de su bondad; tened valor y cojed con prontitud las armas que os presenta para combatir en la íntima persuasion de que ellas os harán victorioso.

La primera de estas poderosas armas es el temor del Señor. Temed á Dios, exclamaba el santo y célebre rey David, Temed á Dios todos vosotros los que quereis ser santos, y los que deseais alcanzar la victoria sobre los enemigos de vuestra salud.

Nada mas poderoso, añade el sabio Salomon su hijo, que

este temor para preservarse del pecado: ¿y no es en efecto el temor de Dios lo que sostuvo al casto José, cuando la desgraciada mujer de su señor y amo tendió á su virtud la mas peligrosa red? ¿No es el temor de Dios lo que impidió á la admirable Susana el ser víctima de la pasion de los infames viejos? Ella quiso mejor tenerlos por enemigos que ofender á Dios y perder su amistad. ¿No es este temor el que hizo decir á S. Luis, que mejor queria perder su corona que cometer un solo pecado mortal? ¿No es este temor el que armó á Sto. Tomás de Aquino y á S. Francisco de Sales de un tizon para defender su castidad? ¿No es este temor el que hizo á S. Benito echarse sobre espinas para apagar los ardores de la concupiscencia? ¿No es este temor el que determinó al famoso Nicetas á cortarse la lengua para lanzarla como un dardo al rostro de la que queria atacar su pureza?

Tambien es necesario, hijo mio, que este santo temor penetre vuestra carne, y que os llene de horror por el pecado, y sobre todo por el pecado contrario á la santa pureza; pecado que Dios santísimo parece detestar mas que todos los otros, pues que lo castiga mas terrible y mas universalmente.

Acordaos, hijo mio, del terrible diluvio que sumergió á toda la tierra desde los primeros tiempos del mundo. ¿Y cuál fué la causa? Hela aquí: viendo Dios á los hombres entregados al pecado contrario á la santa pureza, y violando sin respeto todas las reglas de la naturaleza y de la decencia, se irritó por eso tanto que no quiso vivir mas en medio de ellos y retiró su espíritu de estos infames.

Se arrepintió de haberlos criado y resolvió el perderlos. Todo fué sumergido; las bestias mismas y las aves que habian sido testigos de sus vergonzosos crímenes, no se libraron por eso: solo la familia del justo Noé fué exceptua-

da: ella sola se libró del diluvio universal.

Acordaos tambien del horrible incendio de Sodoma y Gomorra; ved como Dios castigó los vergonzosos desórdenes de sus detestables habitantes. Solo Lot que no participaba de sus crímenes, fué preservado. Acordaos en fin de tantos otros hechos que nos ofrece la historia de las terribles venganzas que Dios toma del vicio opuesto á la pureza.

No, no hay pecado que atraiga mas desgracias, mas miserias, mas calamidades sobre todos los estados del mundo que aquel.

¡Y cuántas penas de espíritu, cuántos remordimientos de conciencia, cuántas enfermedades y cuántos otros particulares castigos son las consecuencias de esta vida!! Y si alguna vez el Justo Juez se abstiene de castigar aquí abajo á los voluptuosos, no creais, hijo mio, que él olvida sus desórdenes; por el contrario, tened entendido que los trata como víctimas que deja engordar para hacer despues con ellas un sacrificio mas terrible á su justicia.

Evitad cuidadosamente, mi querido hijo, las menores faltas que puedan conducir á los desórdenes contrarios á la santa pureza, persuadido de que si los despreciáis ó descuidáis, caereis en los mas enormes crímenes: creed que si dais á los sentidos la libertad de verlo todo y oirlo todo, llegareis por eso bien pronto á los últimos excesos. El paso es tan resbaladizo en esta parte, dijo Séneca filósofo gentil, que es ya un crimen el acercarse al mal, es decir, el acercarse al peligro de caer en él.

Desconfiad pues de todo lo que tenga la menor apariencia de ser opuesto á la pureza, aunque fuese autorizado por una persona que pase por virtuosa. Cualquiera que sea la reputacion de prudencia y sabiduría que se haya adquirido, os debe ser sospechosa desde el punto que os parezca poco escrupulosa en un punto de tanta importancia; y si

tuviese la temeridad de llevaros de cualquier modo á cometer algo que no estuviese completamente en los límites de la decencia, romped inmediatamente con ella en el justo temor de que no sea un lobo revestido con la piel de oveja, ó que no sea del número de los que segun S. Pablo seducen y pervierten á las almas inocentes por sus discursos perniciosos, y con un aire de dulzura afectada.

Temed, hijo mio, temed por mucha que sea vuestra virtud y por mucho que sea vuestro saber. Acordaos de tantos personajes tan santos y tan puros que por haber tenido confianza en ellos mismos y no haber tenido temor, han hecho un triste naufragio; y pensad que el demonio trata mejor de procurar la caída de un servidor de Dios, que la de un millar de personas que vivan en los desórdenes.

Así S. Gerónimo escribiendo á la vírgen Eustoquia la advierte que no se descuide en una grande confianza en la santidad de su estado: vos estais cargada de oro, la dice; tened mucho cuidado con los ladrones. Esta vida es una carrera: nosotros corremos aquí para ser coronados en otra parte: es necesario no contar con nada en esta vida; esta es una guerra continua, una mar tempestuosa en que todo debe ser temible para nosotros.

Hé aquí por qué dijo el apóstol, velad justos y guardaos de pecar; y que el que crea estar de pié tenga cuidado de no caer. Los justos deben temer lo mismo que los que no lo son. Las caidas pasadas deben hacer temblar á unos; la incertidumbre del porvenir debe hacer temblar á los otros. Dichoso, dice el Espíritu-Santo, el que está siempre en el temor.

CAPITULO XIV.

Para conservar la pureza es necesario huir las ocasiones del vicio que le es contrario.

Creed firmemente, hijo mio, en la verdad de este oráculo; el que se expone al peligro en él perecerá. Huid pues con cuidado de todas las ocasiones en que la pureza de vuestra alma corra algun peligro.

La experiencia prueba todos los dias que la ocasion tiene la mayor fuerza sobre el espíritu humano, y si continúa siendo hombre honrado mientras la ocasion de hacer mal no se presenta, luego que se presenta la ocasion es de temer que se deje llevar por ella.

Cuántas personas hay que viven en la inocencia y que darian ay! grandes caidas si tuviesen la desgracia de hallarse en ocasion de hacer el mal.

Evitad pues, hijo mio, con el mayor cuidado las ocasiones peligrosas si quereis perseverar en la santa pureza. Velad desde luego sobre vuestra vista y vuestras miradas; no hablo aquí solamente de esas vistas fijas, de esas miradas arrojadas sobre objetos criminales, miradas que matan al alma como se dice que la mirada del basilisco mata al cuerpo, sino que tambien hablo de esas miradas curiosas que muchos piensan son indiferentes; yo hablo de esas miradas peligrosas, porque la vista vá seguida del pensamiento, el pensamiento del placer, y el placer del consentimiento.

Quién recibió una educacion mas excelente que san Bernardo? Quién fué dotado de una pureza de cuerpo y de espíritu mas inviolable que él? El demonio le atacó mas de una vez con violencia; pero [asistido del Todopoderoso

alió siempre victorioso del combate, á no ser en un encuentro en que el enemigo declarado de los hombres pareció haber llevado alguna ventaja sobre él; sus ojos se habian parado en una mujer, y aunque no le pareciera que su corazon tomara en ello parte, la miró con demasiada curiosidad; pero no bien hubo hecho reflexion sobre su falta, cuando para castigarla y prevenir otras semejantes, fué á arrojarse hasta el cuello en un estanque cuya agua estaba fria como el yelo, y permaneció tanto tiempo que el frio habia casi apagado toda la calor natural de su cuerpo. Desde este momento la gracia de Dios refrescó en él todo el ardor de la concupiscencia, y le dió por la castidad un amor semejante al del santo hombre Job, que dice que su cuerpo habia hecho un pacto con sus ojos para no tener ni aun el menor pensamiento contra el pudor.

Si no teneis el valor de san Bernardo, seguid al menos, mi querido hijo, el ejemplo de Job, y escuchad al Espíritu Santo que os dice: "no os pareis á mirar á una vírgen por temor de que su hermosura no sea una piedra lanzada á vuestra pureza, pues es muy cierto que muchos han perecido por haber arrojado miradas inconsideradas."

Pero si las miradas arrojadas á personas de diferente sexo son tan peligrosas, á qué peligros no expondrán las conversaciones familiares con ellas? Su entretenimiento, dice la Escritura, es semejante á un fuego devorador. No os pareis pues con ninguna de ellas, á fin de no perderos; no os halleis en esas reuniones en que las palabras atractivas, las miradas afectuosas, los gestos indecentes, el lujo de los trajes, y en general todos los artificios del demonio, conspiran talmente á la ruina de la pureza, que no se asiste á ellas casi nunca sin sentir la impresion del fuego de la voluptuosidad.

Oh! hijo mio! guardaos cuidadosamente de toda conver-

sacion familiar con las personas de diferente sexo, por virtuosas que puedan ser; no olvideis nunca que el amor mas espiritual degenera fácilmente en amor carnal.

Si se viese, segun cuenta san Crisóstomo, á un confesor de la fe de Jesucristo, que habia sufrido todas las crueldades de los tiranos y que ya no se esperaba sino la corona del martirio, sucumbir vergonzosamente á los atractivos de una persona oficiosa que por una santa compasion habia venido á servirle, qué no tendreis que temer si os exponéis imprudentemente á las ocasiones peligrosas?

Si pues es necesario algunas veces que converseis con personas de diferente sexo, que sea siempre en la presencia de Dios y aun si es posible en presencia de testigos, y siempre con gravedad y reserva: así han hecho los santos, imitadlos á fin de conservar como ellos el precioso tesoro de la pureza.

Tambien es para vos, hijo mio, de la mayor importancia el tener vuestros oidos cerrados á todas las palabras poco honestas ó equívocas, á todas las canciones poco castas. Ellas son, dice san Lorenzo Justiniano, chispas del fuego del infierno y nada es mas capaz, dice el Espíritu-Santo, de infectar el alma que el veneno de los propósitos disolutos. Y si no os está permitido el esecharlas, ved que mal hariais en pronunciarlas vos mismo.

Dios os preserve, hijo mio, de tal desgracia: mejor valdria, dice Jesucristo, valdria mucho mejor que se amarrase á vuestro cuello una rueda de molino y se os precipitase al fondo del mar, que escandalizar así á las almas inocentes; seria mucho mejor, dice san Crisóstomo, que se viese salir de vuestra boca podredumbre y gusanos, que oirla pronunciar palabras disolutas.

Y vos, hijo mio, vos cuya boca y cuya lengua han sido consagradas, por la comunión del cuerpo y de la sangre de

Jesucristo, seriais tan desgraciado para profanarlas con propósitos y canciones que aborrece? y si segun Jesucristo debeis dar una cuenta rigurosa de las palabras inútiles, qué castigos no deberiais esperar si las profirieseis malas y criminales?

CAPITULO XV.

El que quiere conservar la pureza debe huir los excesos de boca, los objetos peligrosos, la ociosidad y los libros obscenos.

El monte Etna y el monte Vesubio, dice san Gerónimo, no arden con tanto ardor como los cuerpos inflamados por el vino y las viandas; yo pido pues, dice, al alma que quiera ser la esposa de Jesucristo, conservando la pureza que huya de los excesos del vino como el veneno mas pernicioso. Por qué, añade, todavía arrojamos aceite en el fuego, por qué damos á nuestros cuerpos, ya demasiado ardientes con que hacerlos arder mas?

Hé aquí, hijo mio, las palabras de un gran santo, de un ilustre doctor; pero hé aqui tambien las del mismo Espíritu-Santo por boca de san Pablo. No os dejeis llevar por los excesos del vino que causa las disoluciones contrarias á la santa pureza. Es muy cierto que los excesos de la boca aumentan el ardor del fuego impuro de esta concupiscencia que es la triste herencia de los hijos de Adan: es muy cierto que estos excesos apagan la luz de la gracia y llevan á toda clase de crímenes.

Nuestro cuerpo, querido hijo mio, es un esclavo que se rebela bien pronto contra el espíritu cuando se le trata con mucha delicadeza; la santa Escritura lo asegura; y solo es, dice san Gerónimo, con austeridades, con ayunos, y con

vigilias, con lo que es necesario despedir las ardientes flechas del demonio. Así este gran hombre usaba de este medio para domar su carne, y eso á ejemplo de san Hilarión, del cual cuenta que cuando se sentia atacado de pensamientos y de tentaciones impuras montaba en cólera contra su cuerpo y le decia: "Desgraciado de tí: yo te impediré que te rebeles, yo te afligiré con hambre y sed; yo te llenaré de trabajos, yo te expondré á los mas grandes ardores del estío y á los mas grandes rigores del invierno, á fin de que te ocupes mas bien de tus necesidades que de la sensualidad; yo oraré y tú ayunarás, porque como lo ha dicho Jesucristo, el demonio impuro no puede ser arrojado sino por la oracion y el ayuno.

Sería apropósito, hijo mio, que os fortificarais contra las comedias que se representan en los teatros; pero debiendo tratar de ellas en un capítulo particular, os diré solamente aquí que, segun los santos padres ellas son, la escuela pública del vicio y la tumba de las buenas costumbres. Tertuliano cuenta que habiendo tenido una mujer la temeridad de ir al espectáculo, salió de él poseida del demonio, el cual interrogado, cómo habia tenido el atrevimiento de apoderarse de una mujer cristiana, respondió, que habiéndola encontrado en el espectáculo la habia hallado en sus dominios. Huid, huid del dominio del demonio, huid de los espectáculos.

No os hablaré aquí de las imágenes deshonestas ni de la desnudez escandalosa; no hay persona que no sepa que al mirar aun ligeramente y por curiosidad estos objetos tan nocivos es exponerse al mas grande peligro. Qué será pues el considerarlos con complacencia? Qué será sobre todo el darse á sí mismo el escándalo con posturas indecentes y servir así de instrumento al demonio para corromper las costumbres, destruir la virtud y perder á las almas mas inocentes?

Es necesario que aquí haga yo mención de la ociosidad que es tambien uno de los mas grandes enemigos de la santa pureza. San Bernardo dice, que la ociosidad es el origen de todas las tentaciones, la muerte del alma y el receptáculo de todos los vicios. El Espíritu-Santo la llama madre de todas las iniquidades; sobre todo es la madre de todos los excesos contrarios á la santa pureza, y á ella es necesario atribuir tantos vergonzosos desórdenes como se ven hoy dia mas que nunca reinar en medio de los jóvenes.

Ciertamente se puede decir, hijo mio, de ellos lo que el profeta Ezequiel decia de los habitantes de Sodoma. La ociosidad es la causa de todas sus iniquidades: qué entrada tan favorable no ofrece en efecto al demonio un espíritu sin ocupacion! Estad pues, querido hijo mio, siempre ocupado, de manera que el demonio os halle siempre aplicado.

Tambien debo hablaros, hijo mio, de los libros lascivos y obscenos que el demonio ha inventado para destruir la pureza; nada mas funesto y mas peligroso á las buenas costumbres que esos detestables libros. Si pues los teneis, guardaos bien de leerlos y aun de conservarlos; antes al contrario apresuraos á sacrificarlos y á entregarlos al fuego, este es el solo medio de libraros del peligro evidente de pecar con su lectura; pues por buena que sea la resolucion que tomeis bajo este respecto no sereis dueño de vuestra curiosidad.

Destruid pues, sin vacilar, esas serpientes que bien pronto harian pasar un veneno mortal por vuestras venas, y no serian menos nocivos á aquellos á quienes tuvierais la temeridad de confiarlos; lo que hablo de los malos libros lo digo tambien de las canciones poco honestas; tomad pues bajo este respecto las mismas precauciones.

CAPITULO XVI.

Para conservar la pureza es menester huir de las malas compañías.

De todos los peligros que corre la pureza ninguno hay mas grande que la compañía de los que viven á merced de sus pasiones. Satanás se une á ellos, los anima y se sirve de ellos como de sus ministros para satisfacer su rabia contra los que viven en la inocencia, y para ejecutar el horrible designio que ha formado de pervertirlos, de perderlos y de llevarlos en fin con él á la condenacion eterna.

Ah! hijo mio, qué funesto imperio tienen sobre los espíritus las palabras y los ejemplos de los hombres disolutos! Casi imposible es entretenerse familiarmente con ellos sin pervertirse. Sería posible en efecto manejar fuego sin quemarse, y conversar con los pestíferos sin ganar la peste? Pues, segun el testimonio de los santos padres, es todavía mas difícil conversar con las personas viciosas sin pervertirse; y de dónde han sacado los santos padres esta verdad? La han sacado de la Escritura misma inspirada por el Espíritu-Santo. Aquel que, dice, toca la pez se manchará las manos; el que conversa con un orgulloso y con mucha mas razon con un impúdico, se hará soberbio, se hará impúdico.

No tengais pues, dice el apóstol san Pablo, ningun comercio con esa clase de personas, porque, añade, solo es necesario un poco de levadura para agriar toda la masa. Mientras yo era todavía niño, dice san Agustin, mamé la devocion y la piedad con la leche, el nombre de mi Salvador se imprimia talmente en mi alma que mi espíritu no podia estar sin pensar en él, ni mi corazon sin amarle; pe-

ro apenas fuí atraído á la compañía de algunos libertinos, cuando bien pronto seguí sus consejos, y bien pronto imité sus ejemplos. Nunca hubiese yo osado á pensar entonces lo que despues me he atrevido á hacer: yo tenia vergüenza de no ser malo con los que eran malos.

Hé aquí, querido hijo mio, el deplorable estado á que las malas compañías habian reducido á Agustin, y del cual no se hubiese nunca retirado sin un esfuerzo extraordinario de la gracia.

Si pues los malvados os dicen: Venid con nosotros; no les escuchéis; retiraos de su compañía por temor de que seais envuelto en su pecado y en su desgracia; pensad que el ángel del Señor os dice como dijo á Lot: dejad sin dilacion á los detestables habitantes de Sodoma á fin de que no seais envuelto en las ruinas con que Dios les amenaza. Huid, hijo mio, huid de la abominable raza de los libertinos; romped sin vacilar con ellos, como romperiais con las personas atacadas de la peste, por temor de dejaros llevar á sus desórdenes y de ser castigados con ellos: huid de ellos y no temais, ni sus desprecios ni sus amenazas: cerrad vuestro corazon á la falsa vergüenza que el demonio quisiera inspiraros, pronunciaos y mostrad que sois cristiano; no tengais la cobardía de avergonzaros de Jesucristo vuestro dueño, alegraos por el contrario de ser menospreciado por su causa y por una virtud que le es tan querida.

Si pues os hallaseis metido en una sociedad mala de la cual no os fuese posible separaros, guardaos bien de aprobar por una indigna complacencia las cosas que sean contrarias á la honestidad; cuidad de cambiar con destreza el discurso; demostrad al menos un justo digusto con la seriedad del rostro; si se persiste, despreciad, reprimid, hablad mal de esos malos discursos; pero siempre con pruden-

cia y discrecion; y si alguno tuviese la audacia de tentaros y de solicitaros al mal, no solamente no lo escucheis; pero arrojadles con tanto vigor como arrojariais al que quisiera hundiros un puñal en el corazon, acordándoos de que aquí se trata de vuestra alma, de vuestra salvacion y de vuestra eternidad, y que es necesario sufrir mas bien la muerte que cometer la menor infidelidad contra vuestro Creador.

Oh, hijo mio! si os sucediese el oir malos propósitos y ver malos ejemplos, y que hubiesen hecho alguna impresion en vuestro espíritu, cuidad por todos los medios posibles de borrarla de la memoria. En cualquier lugar que esteis, Dios está al lado vuestro: él os vé y observa todo lo que pasa en vuestro corazon. Temedle.

No olvideis nunca, querido hijo mio, lo que acabo de decir de las malas compañías; y á fin de que se grabe mas profundamente en vuestro corazon, escuchad un hecho terrible sacado de la Historia eclesiástica. El apóstol san Juan, antes de su destierro, amaba tiernamente á un jóven, y queriendo hacer de él un buen servidor de Dios lo puso bajo la conducta de un obispo, á quien recomendó velára por él y le diera una santa educacion.

El prelado no dejó de atraerse á este jóven y de echar en su alma las semillas de las virtudes cristianas. Por su parte él fué un discípulo digno de su maestro; pero luego no viéndose ya observado tan de cerca frecuentó malas compañías, se hizo libertino con los libertinos, y para tener con qué satisfacer sus pasiones se unió á unos ladrones de los cuales fué capitán ó gefe. El recuerdo de las santas instrucciones que habia recibido y los remordimientos de su conciencia que no se habian completamente apagado, lo retuvieron primero y le impidieron el cometer los mas grandes crímenes, pero al fin apagó estos restos de buenos

sentimientos, y se dió á tan extraños desórdenes que era el mas malvado de los bandidos.

Habiendo ido el apóstol á ver al obispo le pidió al jóven como un precioso depósito que le habia confiado. Yo no lo tengo, dijo el obispo, yo no lo tengo, arrojando un gran suspiro; ha muerto. Ha muerto! replicó san Juan; y cómo es que ha muerto? Ha muerto para Dios, dijo el obispo, pues ha querido mejor unirse á unos ladrones en las montañas vecinas, que vivir conmigo. Yo sé, dijo el santo apóstol, que vos teneis gran cuidado en conservar las almas que Dios os ha encargado para dar cuenta de ello en su juicio. Sin embargo, no desfallezcamos, es necesario ir á buscar á esa oveja descarriada para traerla al aprisco. Al mismo tiempo montó á caballo á causa de su mucha edad, y tomó un guia. Apenas estuvo en la montaña cuando encontró á los centinelas de los ladrones que se apoderaron de él y le llevaron á su capitan que luego le reconoció; pero no pudiendo sufrir la vista de un hombre tan santo á quien miraba como su maestro, huyó. El santo corrió detrás de él diciéndole con todas su fuerzas. "Por qué, hijo mio, huyes de tu padre? párate, hijo mio, yo te lo suplico, párate."

A estas palabras el jóven se pára, y despues de haber quedado algun tiempo con los ojos bajos sin atreverse á levantar la cabeza, depone las armas, corre al santo que venía hácia él, y derramando lágrimas, arrojando un gran grito, y detestando las malas compañías que le habian pervertido, toma el atrevimiento de abrazarle. San Juan de su parte le hace mil caricias, toma su mano que acaba de ser manchada con un homicidio, la besa, le promete el perdón de sus pecados, le saca de la compañía de los ladrones y le hace entrar por la penitencia en la via de salvacion que habia abandonado.

Ved, hijo mio, á qué excesos de crímenes habia llevado la mala compañía á este jóven antes tan virtuoso: conclud, pues de ahí, que no hay nada tan peligroso como la sociedad de los malos y de los libertinos.

CAPITULO XVII.

Es necesario huir de los espectáculos.

Huid, hijo mio, de los espectáculos; ellos son una ocasion próxima de pecado mortal. Los santos padres los han condenado en los términos mas fuertes: aseguran que en los espectáculos es donde mas particularmente se halla esa concupiscencia del siglo que la Escritura santa proscribe: que los sentimientos que los espectáculos inspiran son enteramente opuestos á las máximas del Evangelio, que encienden las pasiones y apagan el espíritu de Dios. Los santos padres dicen tambien, que los espectáculos son una escuela de impureza y de libertinaje, una peste que el demonio ha hecho suceder á la idolatría. Añaden, que los que asisten á la comedia son en alguna manera mas culpables que los mismos cómicos, porque autorizándolos con su presencia los animan á ser mas insolentes, y de ello son la causa verdadera. Dicen tambien, que el ir á la comedia es ser apóstata, porque ella es una de las pompas del demonio á las cuales los cristianos han renunciado por su bautismo.

Los espectáculos, querido hijo mio, han sido siempre mirados por los hombres sabios y razonables, como los enemigos de las buenas costumbres. Y en efecto, vista la sensibilidad del espíritu humano, ¿es posible el no ser agitado

de alguna pasion secreta en el uso aun el mas moderado del teatro? ¿Qué se vé en el espectáculo sino cosas vanas y deshonestas? ¿Qué es lo que allí se oye sino cosas que manchan ó infectan todas las potencias del alma?

Tambien cuántas veces no ha prohibido la Iglesia en sus concilios la frecuentacion de los espectáculos como malos y peligrosos por sí mismos, ya por razon de los objetos que en ellos se representan, ya con respecto á los malos efectos que producen, ya á las circunstancias que les son inseparables?

¿Y verdaderamente no están la mayor parte de las comedias llenas de impiedades y de infamias? ¿La virtud y la piedad no se ven en ellas casi siempre puestas en ridículo, la corrupcion escusada y el pudor ofendido? Allí falsas ternuras, aquí engañadoras invitaciones al placer, mas allá un canto que no inspira sino molicie; aquí el peligro de una melodía que encanta, aturden al alma y le inspiran sin que ella piense en ello los mas peligrosos sentimientos.

Oh hijo mio! ya sabeis con cuanto cuidado debeis evitar la vista de las pinturas inmodestas, porque llevan naturalmente al espíritu lo que ellas expresan. ¡Cuánto no debeis pues huir de los teatros en que no son ya rasgos muertos y colores secos los que obran sino personajes vivos, verdaderos ojos apasionados, verdaderas lágrimas y verdaderos movimientos que encienden en fuego á todos los espectadores!

Así es como los cómicos encienden esta desgraciada concupiscencia que el cristiano y el hombre sabio deben esforzarse con todo su poder para apagarla y borrarla cada día. Creed pues, hijo mio, que nada es mas peligroso para vos que la frecuentacion de los espectáculos.

CAPITULO XVIII.

Es necesario huir de los bailes y danzas.

Como es muy raro, hijo mio, que las danzas y los bailes no lleguen á ser criminales por las diferentes circunstancias de que van casi siempre acompañados, es necesario que os abstengais de ellos. Escuchad, hijo mio, lo que S. Cárlos Borromeo dice de ellos. "Demasiado se conoce, dice este santo cardenal, por tristes experiencias que en este siglo tan corrompido las asambleas y reuniones para las danzas y los bailes y para otras cosas de esta naturaleza, son el origen desgraciado de muchos pecados, y aun de los mas grandes y mas enormes; porque los pensamientos mas obscenos acompañados de palabras y de acciones tambien deshonestas, son sus consecuencias casi inevitables; porque las costumbres de los cristianos se corrompen en ellos, y porque allí se halla casi siempre un pernicioso y fatal encadenamiento de lo que puede llevar á los placeres de la carne y á toda clase de sensualidades."

Pero lo que debe todavía hacer mas impresion en vosotros es que el Espíritu Santo os advierte, que no frecuentéis á las personas que se dan á la danza por temor de que os seduzcan con sus maneras, y de que perezcais.

Los santos padres dicen, que las danzas y los bailes están llenos de las vanidades del mundo y del siglo: y San Crisóstomo añade, que el demonio se complace en ellos particularmente. S. Ambrosio dice, que la danza es la compañera de la voluptuosidad y de la impudicia.

En general los santos padres han hablado con mucha fuerza contra esta clase de diversiones que las circunstancias del tiempo, las personas de diferente sexo, las cancio-

nes y las maneras poco decentes hacen casi siempre criminales.

¿Y por qué son convocadas las reuniones para danzas y bailes? ¿Por qué las hay? ¿Por qué se va á ellas sino por el placer de los sentidos? ¿De qué se componen estas asambleas sino de personas mundanas, llenas del espíritu del mundo y cuya compañía y vista no pueden dejar de ser muy perniciosas? Los hombres y las mujeres aparecen en ellas con todo el aparato que puede dar placer é inspirar pasión á los unos y á las otras: la familiaridad que allí se permite no puede dejar de hacer impresion sobre el corazon: los gestos que allí se hacen, el aire que afectan los que bailan y que solo tratan de agradar, no pueden dejar de encender el fuego de la concupiscencia: la música, la armonía de los instrumentos, los aires que se tocan, debilitan el corazon y lo hacen susceptible de impresiones las mas vivas y las mas tiernas, y no es posible guardar en ellos este precepto del Espíritu Santo: "No pareis vuestros ojos en una vírgen por temor de ser seducidos por sus atractivos: volved cuidadosamente vuestros ojos de las que tratan de hacerse observar por sus adornos: cuántos, ay! se han perdido por haber divisado tales objetos que no pueden menos de encender é inflamar las pasiones!"

Escuchad, hijo mio, lo que dice Orígenes con este motivo, y pesad bien la fuerza de sus expresiones: "Algunas veces, dice, el demonio ataca al hombre con la mirada de las mujeres; algunas veces con sus palabras; otras veces con el tocamiento de sus miembros; pero en la danza los ataca á la vez con todos sus medios; pues allí se las vé con sus adornos; allí se oyen sus cantos, sus gracias y sus propósitos; allí se las toma por la mano; allí en fin es donde el demonio ataca y combate con su mayor fuerza, y triunfa con el mejor éxito."

No podeis pues, hijo mio, mirar los bailes y las danzas como una diversion legítima: huid pues de ellos; huid cuidadosamente y con valor, porque si os esponéis á su peligro perecereis en él.

CAPITULO XIX.

Para conservar la pureza es necesario orar.

No podeis, hijo mio, tener duda del amor que por vos tiene Jesus el divino Salvador del mundo: él os ama y os ha amado hasta entregarse por vos, hasta sacrificarse por vos: él quiere vuestra salvacion y vuestra santificacion; él sabe que aquí abajo estais expuesto á tentaciones terribles, y que si no resistís á ellas no conservareis ni la pureza ni las otras virtudes, sin las cuales no podriais ser salvado. Temiendo pues, hijo mio, que naufragueis, él os advierte y aun os ordena que recurrais á la oracion, y que seais asídúo en este santo ejercicio á fin de que no sucumbais á la tentacion.

Este medio que os indica es poderoso y de la mas grande eficacia, pues desde luego el Dios Salvador os asegura que el Padre celeste no rehusa nada á la oracion. Pedid, dice, y recibireis. La oracion, dice S. Agustin, es la llave del cielo; ella está en vuestras manos, y si haceis uso de ella os abrirá todos los tesoros de la naturaleza y de la gracia; ella os procurará todos los socorros necesarios para preservaros del mal. ¿Y cuando veis al sol pararse á la súplica de Josué, el fuego descender del cielo á la de Elías, el agua salir de las rocas á la de Moysés, podeis dudar que cuando fuera necesario hacer prodigios para el bien y la salvacion de vuestra alma, el Todopoderoso no os las acordaria si vos

se las pidiéreis como os conviene? Sí, él resucitaria á los muertos mas bien que rehusaros nada. Tened pues una completa confianza en que, por la oracion, obtendreis la gracia de conservar en su hermosura el lirio de vuestra pureza.

Vos sabeis por demás, hijo mio, que sería una presuncion culpable el creer que podeis tener ó conservar esta santa virtud por vuestras solas fuerzas; pues está escrito, que no se puede ni ser ni permanecer casto si Dios no concede su gracia á este efecto.

Recurrid pues á Dios, pedidle á menudo que os dé un corazon puro; orad con sérias y frecuentes reflexiones sobre las grandes verdades de la religion, sobre la gravedad del pecado, sobre las infinitas perfecciones de Dios, sobre la incertidumbre del momento de la muerte, las penas eternas del infierno, la inmensa recompensa del cielo que Dios os promete si le sois fiel. Ah hijo mio! uno se entrega al desórden, y la tierra está cubierta de iniquidad, porque bien pronto se olvidan aquellas grandes verdades. Orad acordándoos con cuidado de la presencia de Dios que os vé sin cesar; este pensamiento es estremamente poderoso para prevenir las tentaciones. Orad acercándoos frecuentemente á los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía.

La comunion, hijo mio, hace al hombre terrible al demonio mismo: no es ya la gracia la que combate con el hombre, es Jesucristo mismo el que combate con este hombre contra Satanás: ¿y cómo no habia de ganar la victoria?

Orad con una devocion sólida á la santa Madre de Dios y á vuestro ángel de la guarda. A los pies de esta Virgen purísima es donde tantos verdaderos cristianos han hallado el precioso tesoro de esta pureza angelical que los ha hecho objeto de admiracion para los habitantes del cielo y de la tierra. Vos sabeis que san Francisco de Sales no

creyó ser deudor de su pureza despues de Dios, sino de esta Vírgen inmaculada á la cual consagró en su juventud las horas que sus condiscípulos daban á la diversion.

Y cuántas pruebas evidentes no dá la Historia eclesiástica de la proteccion que la Santa Vírgen concede á los que han recurrido á ella para obtener la virtud de la pureza! Invocadla pues asíduamente, y bajo su proteccion sereis, dice san Bernardo, formidables á las potencias de las tinieblas; invocad tambien á vuestro ángel de la guarda y él correrá á vuestro socorro para defenderos; invocad á los santos y particularmente á san José á quien Dios confió la custodia de la mas pura de las vírgenes; invocad tambien á vuestro santo patrono.

CAPITULO XX.

Lo que es necesario hacer en la tentacion. Es necesario desde luego arrojar con cuidado el pensamiento del mal.

El demonio vuestro implacable enemigo está sin cesar, hijo mio, en vuestra persecucion como un leon rugiendo; hace mil esfuerzos para alcanzaros y devoraros; para llegar á su objeto y atraeros á cometer el pecado que os hará esclavo, empezará por haceros la proposicion, y para hacéros la aceptar se servirá de dos artificios: él os dirá desde luego como á Adan y á Eva, vuestros primeros padres: que el fruto prohibido es hermoso, que tiene dulzura y ventajas; y él os ocultará con gran cuidado y con destreza los males que seguirán á vuestra desobediencia. Entonces, hijo mio, le resistireis con una fe viva y le direis. "Lo que tú me propones es un crimen, y por consecuencia el mas

grande de todos los males, el único mal que yo debo evitar en este momento; las ventajas que tú me prometes pasan como el relámpago y se disipan como la sombra para ser reemplazadas por el pesar, la tristeza y la desesperacion. Retírate, Satanás, no te escucho.”

Pero él insistirá y usará de otro artificio, se esforzará en seduciros, exagerando la facilidad del perdon. Si pecais, os dirá él, haciendo lo que yo os propongo, hareis penitencia, y Dios os perdonará, porque bien sabeis que es infinitamente bueno y misericordioso: entonces, hijo mio, le respondereis, que es necesario tener tiempo para hacer penitencia y que Dios no os lo ha prometido; que hay en el infierno millares de desgraciados á quien Dios no ha concedido tiempo para hacer penitencia, y que quizá sucederia lo mismo con vos. Y si el tentador en vez de deponer las armas emplea luego, como hace con frecuencia, la fuerza y la violencia para obligaros, será preciso que resistais con fuerza y valor á los combates que os presentará aquel enemigo de vuestra salvacion.

Si pues comienza el ataque haciendo nacer en vuestro espíritu pensamientos deshonestos, tened cuidado de desecharlos desde luego. Ahogad á vuestro enemigo, dice san Gerónimo, cuando todavia es pequeño, si le dejais crecer y fortificarse, quizás no podais despues vencerle.

El mal pensamiento es como una chispa de fuego que puede causar un gran incendio si no se le apaga pronto; el menor consentimiento que le concedais pudiera tener consecuencias las mas funestas.

No debeis pues, hijo mio, estar menos pronto á deshaceros de esas representaciones impuras que lo estareis para apagar el fuego que hubiese caído sobre vos, porque por poco que puedan en el espíritu dejan en él impresiones muy peligrosas. Guardaos cuidadosamente de vacilar y

de deliberar sobre la menor cosa que os lleve al mal, estad bien persuadido de que el demonio impuro no es de esos enemigos que es necesario combatirlos á pié firme para conseguir la victoria; la huida es el mejor medio de que podemos servirnos para vencerle.

No os pareis pues nunca á considerar las imágenes obscenas que os haya representado ni aun bajo pretexto de concebir por ellas horror, sino volved inmediatamente vuestra imaginacion, ocupándola con otras cosas. El llevar el pensamiento á otra parte es ya ser victorioso.

Un buen medio de arrojar los malos pensamientos es el despreciarlos. Estos pensamientos son, dicen los maestros de la vida espiritual, como pequeños perros que ladran cuando pasa un hombre: si continúa su camino sin inquietarse, luego cesarán; pero si se entretiene en quererlos arrojar, ladrarán mas y le perseguirán.

En fin, hay otro medio para vencer la tentacion, y es el despreciar al demonio, diciéndole por ejemplo: "Retírate, espíritu inmundo; es necesario que seas bien malo para presentarme tan odiosas imágenes. El demonio es un espíritu soberbio y se retira desde que se le trata con desprecio.

CAPITULO XXI.

Es necesario combatir contra la tentacion.

Está escrito, hijo mio, que el reino de los cielos sufre violencia y que solo serán los que hayan combatido con fuerza y valor los que entrarán en posesion de esta magnífica herencia. Vos debéis pues esperaros que el tentador no cederá siempre á vuestros primeros estuertos; él resistirá y entonces qué debéis hacer? Lo que hariais si oye-

seis que algunos ladrones querian forzar vuestra casa. Tomad en la mano vuestras armas espirituales, fortificaros con el escudo de la fe, haced sobre vuestro corazon la señal de la cruz; decid á Jesus vuestro protector y vuestra fuerza: "Divino Salvador, libradme de mis enemigos por los méritos de vuestra cruz." Resistid al demonio, os dice Santiago, y él huirá; si vé en vos resolucion y firmeza, perderá el valor; haced uso del agua bendita que la Iglesia destina principalmente á poner en huida á los demonios, y decid con fervor en el fondo de vuestro corazon: "No, Señor, no, jamás consentiré en el mal, yo quiero mejor morir que ofenderos." Invocad á Jesus, invocad á María; estos santos nombres pronunciados con confianza son de una grande eficacia en esta clase de peligros. Tambien es muy útil besar un crucifijo, aplicarlo al corazon y levantarse y cambiar de posturas.

Si á pesar de estas precauciones la tentacion continúa, no os inquieteis, el sentimiento no puede dañar cuando el consentimiento no existe. Persistid en el renunciamiento del mal y en la invocacion del socorro celestial: humillaos delante de Dios que concede voluntariamente sus mas distinguidas gracias á los que son humildes de corazon. San Gerónimo nos asegura que habiendo experimentado violentas tentaciones, habia pasado una noche entera en oracion y que no habia cesado de humillarse hasta que hubo conseguido la victoria.

CAPITULO XXII.

Despues de la tentacion, si ha tenido la dicha de salir victorioso, es necesario atribuir á Dios toda la gloria.

No es de ninguna manera por mi valor ni por mis propias fuerzas por lo que soy victorioso, clamaba David despues de la derrota de sus enemigos, sino que es, oh Dios mio! por el socorro de vuestro brazo todopoderoso. Dad del mismo modo, hijo mio, toda la gloria de vuestro feliz suceso al Señor, y dadle por ello las mas rendidas gracias, y decidle con el gran Apóstol: "Yo os doy gracias, oh! mi Dios, por haberme hecho triunfar de mis enemigos por la virtud de Jesucristo mi Salvador."

Guardaos bien cuidadosamente de toda vana complacencia en vos mismo despues de la victoria: guardaos bien de menospreciar á los otros diciendo con el fariseo del Evangelio, que no sois como los demás hombres, por temor de que Dios en castigo de vuestro orgullo permita que succumbais á la primera ocasion.

Acordaos que despues de vuestra victoria, vuestra fragilidad y vuestra debilidad os quedan completas; ved á tantos santos personages que despues de largos años pasados en la práctica de las mas altas virtudes han hecho luego un triste naufragio por haberse entregado á una vana complacencia de ellos mismos. Si pues sabeis que otro ha caido en la falta que habeis evitado por una gracia especial de Dios, lejos de menospreciarle, tenedle compasion, y pedid por él; acordaos de lo que dice san Agustin: "Que cualquiera que sea el pecado que un hombre haya podido cometer, cualquiera hombre lo cometeria si no fuera sostenido por aquel que ha hecho al hombre."

Despues de haber dado gracias á Dios por vuestra victoria, gozad, hijo mio, de la dicha de haberla alcanzado. Ved qué alegría y qué paz tan deliciosa han sucedido ahora en vuestro corazon á las penas que os habiais dado y á las violencias que os habiais hecho para vencer la tentacion.

La tempestad ha pasado, hijo mio; pero puede volver; estad pues en guardia como antes. No depongais las armas, sino tenedlas siempre en las manos. Pensad que si el demonio parece descansar no es sino para atacaros de nuevo y sorprenderos. Y acordaos que solamente cuando hayais recibido la corona de los elegidos, será cuando ya no tendreis mas que combatir.

Animado por los sucesos que habeis ya tenido por la gracia de Dios Todopoderoso, tomad la resolucion de comportaros todavía con mas valor en las tentaciones futuras, bien persuadido de que mientras mas hayais conseguido victorias, mas piedras preciosas juntareis para embellecer vuestra corona, mas grados subireis en la escala misteriosa que conduce al cielo.

Tambien es necesario que cuando la tentacion haya pasado, examineis si ha sobrevenido por falta vuestra, exponiéndoos temerariamente á la ocasion, á fin de observaros mas y de no exponeros mas á ella; pero si de vuestro propio fondo ha salido la tentacion, será bueno prevenirla con austeridades y mortificaciones, segun el concepto de vuestro confesor. Este era el medio de que se sirvió san Pablo: "Yo castigo mi cuerpo, decia, y yo lo trato como esclavo, no sea que por sus levantamientos me haga perecer eternamente."

CAPITULO XXIII.

Cuando se ha sucumbido á la tentacion es necesario reponerse prontamente.

Guardaos bien, hijo mio, de perder el valor si habeis tenido la desgracia de sucumbir á la tentacion; guardaos sobre todo de ceder á ella otra vez si vuelve á venir, bajo pretesto de que no os costará mas para acusaros de muchas caidas que de una sola; así razonan los impíos, los libertinos y los cobardes. Lejos de deponer como ellos las armas despues de la primera derrota, redoblad por el contrario vuestros esfuerzos para vencer á vuestra vez al enemigo que os ha vencido; id prontamente á prosternaros delante del Señor, y cuidad de aplacar su cólera pidiéndole perdón con toda la humildad que debe inspiraros vuestra falta; decidle como el hijo pródigo y penetrado como él de un profundo dolor: "Padre mio, mi tierno padre, sedme propicio." Pensad que podreis ser sorprendido por la muerte en el desgraciado estado en que estais, y daos prisa en salir de él. Pensad que habiendo bebido el mas peligroso de los venenos es necesario prontamente recurrir al antídoto.

Confesaos pues lo mas pronto posible y no diferais el hacerlo; mientras mas tardeis, mas trabajo y repugnancia tendreis en confesaros, y menos sentimiento de haber sucumbido á la tentacion: además que es un soberano remedio para impedir una ségunda caida el confesar la primera lo mas pronto posible.

En general tomad la buena costumbre de confesaros con frecuencia á un confesor esclarecido, y de acercaros á la santa mesa cuando os lo permita. Este es seguramente

uno de los mas eficaces preservativos contra el vicio opuesto á la pureza.

Si á pesar de todas estas sabias precauciones, los funestos lazos de esta malhadada pasion no cediesen todavía á vuestros esfuerzos, guardaos bien de entregaros á una triste desesperacion como lo hizo Judas. Oh! qué injuria no hariais á Jesucristo en desconfiar de sus gracias y de vuestra salvacion. Id, hijo pródigo, corred á arrojáros con una verdadera contricion en su seno; él os recibirá y os curará; ese es todo su deseo.

Sobre todo, hijo mio, no abuseis de la extrema paciencia de vuestro Salvador y no continúeis viviendo en el desórden, porque no os castigue actualmente. Sabed que la presuncion no es menos criminal que la desesperacion, y que imprime como esta el sello de la reprobacion. Continúad pues combatiendo con valor, implorando con confianza el socorro de Dios y la proteccion de la santa Vírgen que es el refugio de los pecadores, y haciendo uso de los medios que se os han detallado. No dudeis que Dios que es la bondad misma no os mire tarde ó temprano con ojos de misericordia.

En fin, hijo mio, no omitid el expiar por la penitencia los pecados de que os habeis hecho culpable. Si os son remitidos por la absolucion, no estais sin embargo seguro de que la pena que han merecido os sea igualmente remitida. Pedid pues con frecuencia perdon á Dios. Acordaos que san Pedro, san Agustin y tantos otros santos penitentes han llorado sus pecados toda su vida: imitadles, redoblad vuestras oraciones, vuestras mortificaciones y vuestras buenas obras, á fin de prevenir por ellas los rigores del purgatorio que están por encima de todos los dolores de este mundo.

Ah! si Jesucristo vuestro Salvador que es la inocencia

misma, no ha vacilado en sufrir cruelmente por vuestros pecados que le eran estraños, podriais vos, vos que sois culpable, rehusar de expiar los ultrajes enormes que habeis hecho á Dios entregándoos á los desarreglos de vuestro corazon? y si habeis llegado al punto de perversidad de arrastrar á otras personas al crimen con lecciones y ejemplos de iniquidad, y que tambien hubiéseis como otro demonio trabajado por perderlas ¿cuáles serian las lágrimas y las austeridades que pudieran dignamente expiar tamaño crimen? Culpa tan grande, como dice Jesucristo, que valdria mas para el que de ella se ha hecho culpable, que se le hubiese amarrado al cuello una rueda de molino y se le hubiese precipitado al fondo del mar; crimen tan grande, como dice la Escritura, que los ángeles de los que han sido las tristes víctimas, esperan con la espada desnuda en la mano la permission para vengar su pérdida haciendo pedazos á los que han sido la causa de ello.

CAPITULO XXIV.

Pensamientos de que es necesario penetrarse bien para no sucumbir á la tentacion. — La injuria que se hace á Dios sucumbiendo.

¿Cuál es el lugar por retirado y oscuro que sea que pueda, hijo mio, sustraeros á las miradas de Dios creador del cielo y de la tierra? Id donde querais; siempre estareis investido de la divinidad; en Dios mismo será siempre donde vivireis, obrareis y existireis. Id donde querais, y Dios os mirará allí con tanta aplicacion como si estuviéseis solo sobre la tierra. ¿Y cómo habiais de ser tan temerario para hacer delante de sus ojos lo que sabeis le desagrada infi-

nitamente; lo que no os atreveriais á hacer delante de un hombre honrado, una accion que sabeis que llama detestable y que ha castigado con la muerte en un hijo de Judá? ¿Seriais tan temerario para ultrajar así á la magestad terrible del Altísimo, de ese Ser todopoderoso y terrible, que con una sola de sus miradas hace temblar el cielo y la tierra? Vos sabeis que la bondad de Dios es infinita, que los ángeles del cielo no sabrian admirarle demasiado, ni todos los corazones de los hombres amarle, ni todas las criaturas respetarle y alabarle; vos sabeis que os ha colmado de toda clase de bienes ¿y seriais tan ingrato, tan malvado, obstinándoos en ofenderle con acciones que tiene en horror? No ignorais que seria mejor dejar perecer á todas las criaturas que cometer un solo pecado venial, ¿y seriais tan impío para consentir en una tentacion que haciéndoos culpable de un crimen enorme os hiciera perder la gracia y la amistad de vuestro Dios, al cual vuestra iniquidad haria una injuria infinita?

Y además, hijo mio, ¿quién os ha dado el ser? ¿quién os ha dado vuestro cuerpo y todos sus sentidos, vuestra alma y todas sus potencias? ¿no es Dios? ¿y seriais tan ingrato para ofenderle con los mismos sentidos y las mismas facultades que os ha dado? ¿No os ha amado Dios hasta el punto de entregar á su único Hijo á la muerte para salvaros? ¿y querreis obstinaros en perderos y en darle con vuestras iniquidades no amor sino odio y ultraje por amor?

¿No es Dios vuestro padre, y el mejor de los padres, que no cesa cada dia de colmaros con sus favores y con muestras de su ternura? ¿Y vos, nuevo hijo pródigo, prefeririais el alimento de los puercos á las comidas deliciosas de su mesa y á todos los bienes de que se goza en su casa? ¿No es Dios vuestro rey? ¿no habeis jurado en las aguas del bautismo permanecerle fiel? ¿y dejareis sus estandartes para

pasar á los del demonio, al cual habeis renunciado? ¿Dejareis á Jesucristo al cual habeis costado tan caro para entregaros á Satanás que no desea sino vuestra pérdida? Y eso por una vil satisfaccion! qué locura! Vuestro cuerpo, como dice el Apóstol, no es un miembro de Jesucristo? ¿y hariais de él un miembro del demonio! ¿Vuestra carne no ha sido consagrada por la carne y la sangre de Jesucristo que se ha unido á ella por la comunión? ¿y la hariais servir á vergonzosas pasiones! ¿Vuestro cuerpo, como aun dice el Apóstol, no es el templo del Espíritu Santo que ha querido fijar en él su morada? ¿y lo arrojariais de él para alojar al espíritu inmundo! Lejos de vos tal iniquidad. En fin, ¿no sabeis que, segun el mismo Apóstol, el que se entrega al pecado mortal, renueva la crucifixion y los suplicios de la pasion del Salvador del mundo? ¿Seriais pues tan pérfido, tan bárbaro, para llegar por ello al colmo de la impiedad? ¿No veis que vuestro crimen sería mas grande que el de los judíos, pues que habeis recibido mas gracias que ellos no han recibido y conoceis mejor que ellos á Jesus, vuestro Dios y vuestro Salvador?

Echad, hijo mio, una mirada sobre la cruz, figuraos que desde lo alto de este árbol sagrado os dirige por boca de la Iglesia vuestra madre estas conmovedoras palabras: Querido hijo mio, ¿qué os he hecho? ¿en qué he faltado para que me trateis de ese modo y renoveis las llagas que he recibido otra vez por vuestro amor? Respóndeme, querido hijo. ¿Aquí, hijo mio, no vais á decirle con tanta confusion como valor: No, Señor, no, vos no me habeis hecho nada que pueda merecer el ultraje que yo estaba á punto de haceros: morir mil veces mas bien que consentir en ello?

CAPITULO XXV.

De los grandes bienes que se pierden sucumbiendo á la tentacion.

¿Qué hay mas bello y mas magnífico que este vestido de inocencia de que Dios os ha revestido en el bautismo y que os habia comprado al precio de su sangre? Le perderéis, hijo mio, si os entregais al vicio opuesto á la pureza. ¿Qué mas precioso que esta inefable paz de la conciencia que supera á todo goce y toda satisfaccion? Ella dejará de perteneceros así que os entregueis á los desarreglados deseos de vuestro corazon: mas todavía, perderéis la gracia y la amistad de Dios. Él no os concederia ya su proteccion particular; y despojado de todas vuestras riquezas espirituales, riquezas infinitamente mas estimables que todos los tesoros de la tierra, os vereis reducido á la mas extrema miseria. Concebís bien esto, hijo mio?

Yo supongo que hasta aquí hayais sido un santo, y que por vuestras oraciones, vuestras limosnas y vuestras mortificaciones hayais adquirido una infinidad de méritos, estareis bien rico á los ojos de Dios; pero si cedeis á la tentacion desde luego perdeis todos esos bienes y no sois mas que un pobre, que un miserable, digno de todo desprecio y de toda confusion. Qué digo? vos que erais tan puro y tan brillante á los ojos del Señor, os haceis vil y abominable delante de él. Un ángel que fuéseis, os haceis un demonio. Vos érais un hijo de Dios mientras viviais en su gracia y heos ya, como dice Jesucristo, un hijo de Satanás, y desde entonces aun menos sois que los mas inmundos animales: esta es la observacion de S. Crisóstomo.

En fin, hijo mio, lo que debe hacer la mas viva impresion sobre vuestro corazon, es que entregándoos á vuestra

pasion perdeis el reino eterno que Dios os ha adquirido al precio de su sangre, ese reino dichoso donde bienes inmensos y sobre toda comparacion habrian sido vuestra herencia durante los siglos de los siglos.

Oh pérdida la mas grande de las pérdidas! ¿Y no direis aquí, hijo mio, lo que decia el célebre Tomás Morus, canceller de Inglaterra, cuando su esposa le instaba á cometer un crimen para obedecer al rey y conservar así su vida y sus bienes? "Qué! por las cosas de la tierra renunciar á las del cielo? No, jamás se dirá que por ceder á una tentacion haya sacrificado la herencia eterna que Dios me ha prometido y me reserva."

CAPITULO XXVI.

De los grandes males que se consigue sucumbiendo á la tentacion.

Vuestra alma, hijo mio, es inmortal; no puede ser destruida. Pero si no puede perder su vida natural, sí puede estar privada de la vida de la gracia que es su vida espiritual, y entonces, aunque subsista realmente, se puede decir que está muerta espiritualmente, y por qué? Es que mientras viva privada de la gracia no puede hacer nada meritorio, nada que pueda hacerla digna del cielo. Así todas las obras que ella puede hacer en ese estado como oraciones, ayunos, limosnas no serán jamás recompensadas. Oh, situacion deplorable! Y hé ahí luego uno de los grandes males que trae por consecuencia el crimen que se comete sucumbiendo á la tentacion. Hace perder la gracia, y dá al alma la muerte espiritual y la hace incapaz de hacer ninguna especie de bien que sea digno de recompensa en la otra vida.

La situacion de un paralítico que su enfermedad pone fuera de estado de hacer ninguna especie de movimiento, ninguna suerte de trabajo es sin duda bien affictiva; pero la de un alma que ha muerto espiritualmente lo es mucho mas. Temed pues, hijo mio, en gran manera el caer en tal desgracia, y guardaos bien de permitiros desórdenes que os precipitarán en ella infaliblemente. Por vivo que parezcáis á los ojos de los hombres, no sereis ya á los de Dios sino un hombre verdaderamente muerto, como dice san Juan en su Apocalipsis: "No sereis mas que un hediondo cadáver, un objeto de horror y de abominacion, el cautivo de la muerte y el esclavo del demonio.

Pero pensad todavía, hijo mio, que entregándoos á la iniquidad, incurris en el odio y la indignacion de vuestro Dios; llegareis á ser el objeto de su cólera, y atraeriais sobre vos los terribles efectos de su venganza; pensad que por vuestro crimen mereceriais las penas del infierno y que no las evitariáis si murieseis en vuestro pecado. Las penas del infierno! Comprendeis eso, hijo mio? Concebís lo que es el ser condenado y sufrir las penas de la otra vida? Ser condenado es perder el paraíso, es estar privado para siempre de la amistad y de la vista de Dios, y por consiguiente, de todo bien y de toda felicidad. Sufrir las penas del infierno es estar precipitado en un abismo horrible donde se hallan todos los males y todas las aflicciones, es sufrir todos los tormentos que se puedan imaginar, el hambre, la sed, las tinieblas, la infeccion, el calor, el frio, la rabia, el fuego, el hierro, la desolacion y la desesperacion.

Allí es uno atormentado en todas las partes del cuerpo, y en todas las potencias del alma; allí todos los sentidos tienen su suplicio particular, y además de que las penas son excesivas en su especie, lo que hay mas terrible es que durarán lo que la eternidad, sin consuelo, sin interrupcion,

sin esperanzas. Examinad, hijo mio, si podeis soportar tamaña suerte.

Exponerse á tormentos inconcebibles y eternos por satisfacer los deseos desarreglados de su corazon, no seria el colmo de la imprudencia, de la temeridad y de la locura? Meditad pues profundamente sobre el infierno y su eternidad, y ciertamente no os determinareis á pecar. Penetraos bien de ese siempre, de ese jamás, de esos miles y millones de siglos que tantas veces repetidos como hay de estrellas en el firmamento, de gotas de agua en el mar, de granos de arena en el universo, de átomos en el aire, de hojas en los bosques, no acercarán al reprobado al término de sus males, porque la eternidad no tiene ni tendrá jamás término. Pensad en ello sériamente y no pecareis.

FIN.

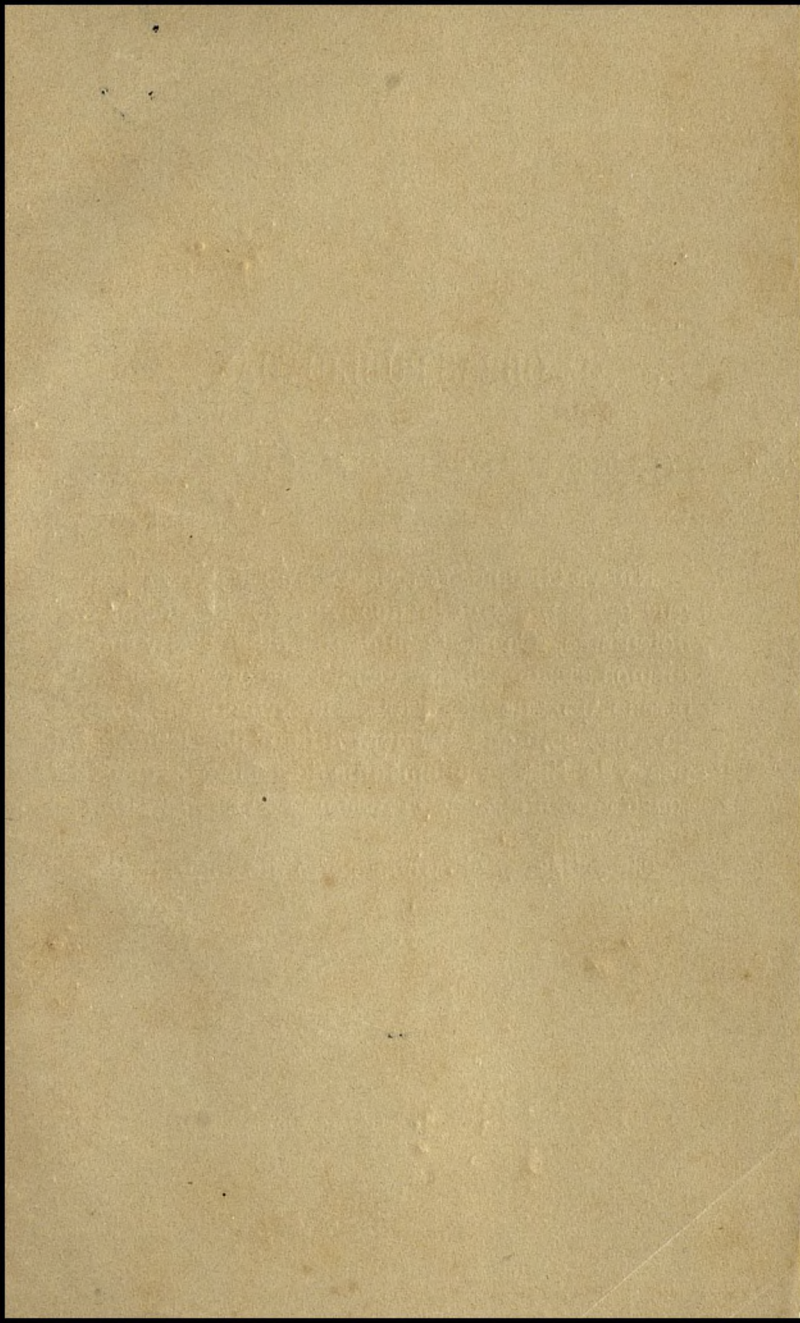
OBRAS PUBLICADAS

POR

J. M. CEBALLOS TEY.

Nueva Gramática teórico-práctica de la lengua griega, según la doctrina de los mejores helenistas. Contiene multitud de frases y modismos sacados de los mejores autores, y entre otros trozos de literatura, las principales odas de Anacreonte, la primera filípica de Demóstenes y la Batracomiomaquia de Homero; un extenso vocabulario y un resumen de la literatura clásica griega.

El Artista y el Modelo; traducción del italiano.



OBRAS PUBLICADAS

POR

J. M. CEBALLOS TEY.

Nueva Gramática teórico-práctica de la lengua griega, según la doctrina de los mejores helenistas. Contiene multitud de frases y modismos sacados de los mejores autores, y entre otros trozos de literatura, las principales odas de Anacreonte, la primera filípica de Demóstenes y la Batracomiomaquia de Homero; un extenso vocabulario y un resúmen de la literatura clásica griega.

El Artista y el Modelo; traducción del italiano.